

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE AGOSTO DE 1923

AÑO IV. Número 62

HEMOTEC
MUNICIPAL
J. G. G. G.



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL
FABRICANTES:

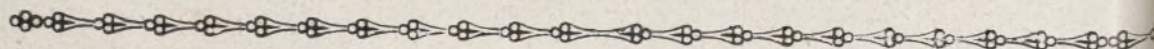
ESPERANZA Y UNCETA. { **GUERNICA**
 { **(VIZCAYA)**
DELEGACIÓN GENERAL **A.V. D BERNABÉ**
 MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS



Ayuntamiento de Madrid

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de
instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73. — Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FAJAS DE JUSTO**. Probarías es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.— Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

Disponible

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

un buen jinete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

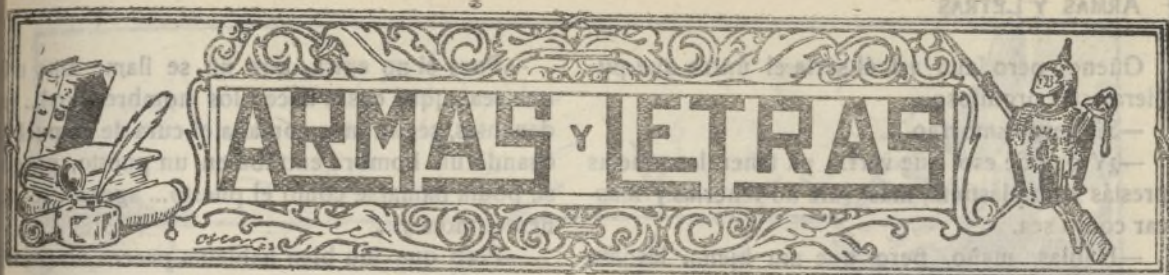
Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Agencias "Los Tireleses"

Ayuntamiento de Madrid



DIÁLOGOS ENTRE JUAN Y PEDRO

—No me digas, maño, que mala sombra como la mía, no la hay.

—¿Que te pasa hombre? siempre estás rezonando... ¿habrá algún día en que estés parejo que contento?

—Mientras esté en estas tierras en que too es al revés, me paece que no estaré nunca más que mal humorao...

—Eso es siempre, pero agora, ¿qué te pasa pa que estés tan exaltao?

—Casi na; que mi había ofrecido el capitán dame premiso pa ir a casa a dar una güelta y han dao la orden de que este mes, los premisos p'al gato.

—¿Y por qué es eso?

—Porque icen que si vamos a ir u no a ca de ese de la Krim.

—¿Al pueblo que llamas tu Ay-que-dir?

—Al mesmo.

—¿Y mus dejarán pasar?

—Yo creo, que por un lao u por otro...

—¿Por cuántos vamos a d'ir?

—Por toos: unos dende un sitio; otros dende el otro; otros por el mar y algunos por el aire.

—¡Oye!... ¿no será demasiao?... porque ni que estuviera donde vayamos el mismísimo Pedro Botero, con toos sus pinches y enzarzadores.

—¿Crées tu que sea fácil meterse en eso que icen la república del Rif?

—¿Es que no hemos estao nunca en dengún puestito que haya sido más difícil entrar, o es que valemos poquico los que semos hoy?

—M'haces pensar, porque la verdad es que... ¿qué pué ser?... que venga una docena de miles... ¿no semos más mosotros? ¿no sabemos mucho más que ellos? o yo no tengo comprenencia de las cosas o...

—¿Es que te crees tu, que manque seamos treinta u cuarenta mil, semos tantos?

—¡Ah! ¿no seremos más qu'ellos?

—¡Qué se yo que te diga!

—Pos, yo, sí lo sé; ca uno de mosotros debe valer por dos u tres de ellos... ¡vaya! y no sé por qué lo hemos de pensar tanto... hace muchos años, cuando los tatarabuelos de estos pacos, desembar-

caran en donde juera, pa meter e por toa nuestra tierra ¿crées que lo pensaron mucho?

—Te vas muy atrás maño... hoy...

—Hoy, como entonces y como siempre, el que quíe andar p'alante, anda, maño, no lo dudes.

—Pué que tengas razón; pero, eso es, cuando no s'hace más que andar p'alante; aquí, como hay qu'andar tamién pa los laos.

¿Pa los laos?

—¡Clarocol!... no ves qu'al de la Krim, no se le quiere mandar a paseo, asín y tan.

—¡Otra!... ¿por qué?

—No sabes lo que pide pa tratar?

¿Muchas pesetas?

—¡Ca! de eso ya tié mucho... ahora pide que dejemos q'haiga una república en el Rif, siendo él presidente y a luego, hablar con él de lo que queramos, pero, en Tánger u en otro puesto que sea francés.

—Oye... ¿es que Tánger es francés?

—Pa mí que sí...

—Pus pa mí qu'eres tonto.

—¡Recondrio! y ¿cómo lo has sabío?

—No hay más que oíe las tonterías que se te ocurren... conque, mus mandase que manejemos el cotarro en el bosque y la casica qu'hay en él, va a ser pa otro... ¡tíe gracia!

—Toa la que quieras, pero...

—No hay pero, ni pera, ¡recondio!... ya me va a mi escamando eso de que, cojes un moro malo y lleva los bolsillos llenos de monedicas franchutas; agarras una bala y tamién es de allí... ¿no podíamos hacer mosotros lo mesmo, en el sitio donde están ellos?

—Musotros, icen que semos hijos de Don Quijote...

—Y ¿quién es ese?

—Pos un señor, que en cuanto que veía una cosa mal hecha, se liaba a mamporros con quien juera y...

—¿Lo arreglaba?

—¡Ca!... siempre salía con los morros hinchaos.

—¿Tan brutos eran los otros?

—Aún más.

Güeno, pero 'aun así, él sería el único que pudiera estar orgulloso...

—Sí, pero esmorrao...

—¿Y qué tié eso que ver?... pa tener las muelas prestás y por lástima, más vale no tenerlas y mascar como sea.

—Hablas, maño, pero que mu bien... lástima qu'hoy los hombres piensen al revés...

—¿Al revés de qué?

—Pos, los ceviles, queriendo ser melitares y... los melitares...

—Queriendo serlo más: no le des güeltas y tan y mientras que no mus pongamos en la raya...

—¿En qué raya?

—En la que sea, en la nuestra de casa y en la qu'haga falta, pero en una, mu agarraos y sin que naide venga a decinos cochufletas.

—¿No pedirás mucho, maño?

—Pué que sí... mira, si antes hubíamos ido, agora no tendríamos qu'ir... ya estaríamos...

—Es que hablas...

—Como deben hacerlo los hombres, ¡ridiez!... ¿pa qué tanto rodeo?... si hay que ir, vamos de una vez, sin hacer lo que las mujeres cuando quien ver una cosa que no está bien que vean... en ellas, aun está tal cualejo, pero en hombres...

—¿Y aonde irías tu, fantasioso?

—¿Yo? lo primerico a hacele un favor mu grande a uno que llaman Marqués de un coto en el que no pué entrar?

—Pues si no entra, que no se llame amo que sea... ¡qué cosas hacen los hombres hoy!... denantes, según mus contaba el cura de mi pueblo cuando un hombre entraba en un puesto, por sí, podía llamarse como el puesto... agora... se nen el mote y...

—Pero que mu bien habla... paeces un paje co de esos sabios cuando canto al alba...

—Oye... no me mientes la bicha...

—Si no he dicho na de bichas...

—¿Te paece poca bicha, eso de aleventarse el alba, cuando es tan rico el sueño a esas horas?

—Sí, mu rico, pero, a lo mejor, en un menuto...

—Amos... ¡calla fantasioso! ¿querrás saber de vilismo más que los ceviles?

—Lo que sé yo...

—¡Que te calles! u ¿crées que no te comprenden como te comprenderán toos?

—¿Claro hombre, claro... iremos donde ha que d'ir y se cortarán toas las Krines qu'haiga cortar y como icía el juez de mi pueblo a un chó—si no te gusta el ruío qu, hay en casa del cino, pos te mudas y en paz, que el está en su ceno y no se va a muar.

—¡Clarool!... ahí, ahí le duele a ese de la república ese y el parche, pos ya se sabe, hay que nel, ahonde está el dolor...

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

EL PERRO MUERTO

Jesús llegó una tarde a las puertas de una villa, e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y a la caridad, interinóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver que cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarlo por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura se había ofrecido a los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo junto a la carroña, miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire—dijo uno de los presentes tapándose la nariz,

—¿Cuánto tiempo aún—dijo otro—este animal putrefacto estorbará la vía?

—Mira su piel—dijo un tercero—; no hay trozo en ella que pudiera aprovecharse para unas sandalias.

—Y sus orejas—dijo un cuarto—, asquerosas llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón—añadió otro. Jesús les escuchó, y echando una mirada de compasión sobre el animal inmundado:

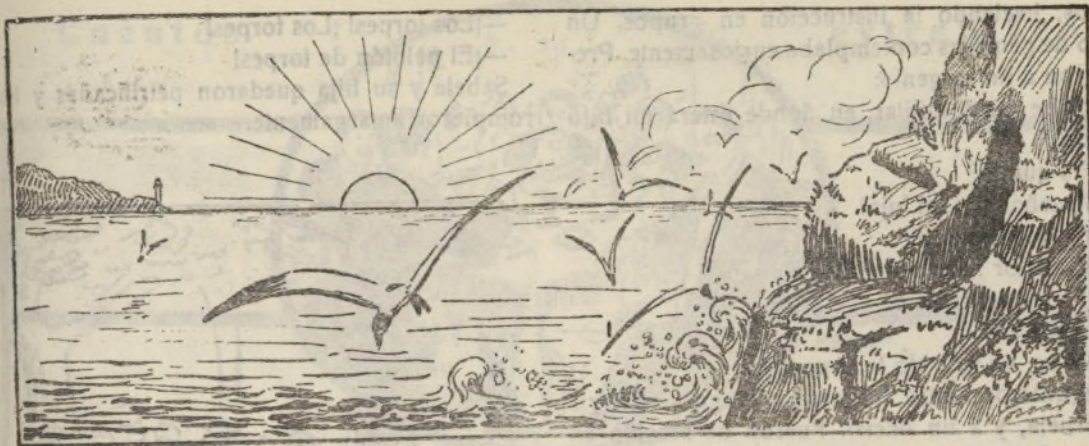
—Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas—dijo.

Entonces el pueblo, admirado, volvióse hacia él exclamando:

—¿Quién es ése? ¿Será Jesús de Nazareth? Si él podía encontrar alguna cosa de que condolera y hasta algo que alabar en un perro muerto.

Y todos, avergonzados, siguieron su camino, clinando su cabeza delante del hijo de Dios.

LEÓN TOLSTOY



EL PELOTON DE TORPES

Por JOSÉ CASTELLÓN

Amanecía.

A lo lejos, de la parte del mar, se alzaba el sol, majestuoso y bello como una esmeralda. Viva luz blanca se encendía y arrancaba al agua de la mar tonalidades de plata. Volaban rápidas las gaviotas a ras de la superficie, rayando las olas con la punta de las alas. El mar estaba apaciguado y se estremecía levemente, con dulce vaivén de cuna. Las alondras revoloteaban sobre el campo y ascendían por la luminosidad del aire en el que palpitaba grata frescura.

El nuevo día se abría como un arco, luminoso y fragante y en la pureza de la mañana sonaba la campana, llamando a misa de alba.

Sabela y su hija Monchita salieron de la humilde casa en que vivían—una casuca parda sumida en el fondo del valle—y montaron en un carricoche, que estaba a la sombra de la parra, delante de la pueria.

—¡Arre, «Galana»!...

La mula se puso en marcha con resignación y paso tardo. Salieron del campo y, por la carretera, polvorienta y empinada, se dirigieron a la ciudad.

Iban las dos mujeres llenas de alegría. Por nada del mundo cambiarían la dicha de aquel viaje. Iban a la ciudad y en ella estaba Santiago, el hijo de Sabela, sirviendo a la Patria, cumpliendo con el noble servicio militar, en un regimiento de Infantería.

Para un mes iba que le llamaron a filas y desde entonces ni la madre ni la hija le habían visto. Ahora iba a cumplirse el deseo, durante tantos días aguardado. Dentro de unas horas le tendrían en sus brazos. Y en el ansia irrefrenable de llegar pronto, las dos mujeres animaban a la mula a caminar de prisa.

—¡Arre «Galana»!

—¡Arre «Galana»!

Quedaba ya el mar muy lejos y la aldea apenas se distinguía. El carricoche iba dando tumbos y la mula, de vez en vez, se detenía fatigada. El camino era largo.

—¡Hijo de mi alma! ¡Más guapo ha de estar con su uniforme!

—¡Con esa gracia suya! ¡Con ese aire para llevar la ropa!

—No hay moza en la aldea que no se perezca por él.

—En el corro todas le solicitan con la mirada, para que las saque a bailar.

—Y no hay otro como Santiago tan fuerte para tirar la barra.

—¡El orgullo del Ejército debe ser!

—¡Buen soldadito tiene el Rey!

En unos capachos le llevan tortas, frutas y un queso aceitoso.

—¡Arre «Galana»!

—¡Arre «Galana»!

Las primeras casas de la ciudad se vieron al fin. A la luz brillante del sol resplandecían las cúpulas, las torres y las agujas y un polvillo dorado se cernía sobre la ciudad. Sabela tiró de las riendas a la mula y el carricoche se detuvo. A un panadero que llevaba sobre la cabeza un cesto lleno de panes recién salidos del horno, le preguntaron en dónde hallarían a los soldados.

—¡Dios sabe! ¡Hay de tantas clases!

—Los de Infantería.

—Estarán haciendo la instrucción...

...En la Alameda.

—Gracias, buen hombre.

Se dirigieron hacia donde les había indicado el panadero. Cruzaron varias calles, hasta llegar a un largo paseo orlado de álamos. Allí estaban los

quintos, haciendo la instrucción en grupos. Un grupo de gente les contemplaba curiosamente. Preguntaron a un sargento:

—¿Sabe usted, militar, en dónde estará mi hijo Santiago?

—¿Es quinto?

—Sí, señor ¡Es mi hijo!

—¿Es mi hermano?

—¡El mejor recluta del Rey!

—¿Cómo se llama de apellido?

—Céspedes...

—No se, no se... No le conozco.

Preguntaron a otro sargento y luego a otro, y a un corneta, y a un oficial. Fueron de sección en sección. Recorrieron la Alameda y nada, sin encontrar quien las diera razón.

—¡Si estará enfermo! ¡Si estará en el hospital!

—¡Santísima Virgen!

Al fin las dieron noticias en un grupo de soldados que se hallaban descansando.

—Yo le conozco—dijo uno de los soldados. Es de mi compañía, de la segunda del primero.

—¿No está enfermo?

—¡Enfermo! ¡Quiá! ¡Menudo bárbaro es!

¡Es el mejor mozo de la aldea!

—¡El más garrido!

—¡El más valiente!

—¡El más listo!

—¡De raza de héroes!... Su padre peleó en Cuba y su abuelo en la guerra carlista.

—Pues allí le tienen ustedes...

Y el soldado extendió el brazo y señaló un pequeño grupo. Sabela y Monchita se dirigieron presurosas.

—¡Cuánta gente les contempla!

—¡Más que a los otros! ¡Cómo se nota que está ahí Santiago!

Unos chiquillos pasaron corriendo y gritando entre risas y burlas:

—¡Los torpes! ¡Los torpes!

—¡El pelotón de torpes!

Sabela y su hija quedaron petrificadas y luego rompieron amargamente.



—¡Madre!...

—¡Hija mía!...

Desde el pelotón llegaba hasta ellas el sonsonete de los quintos marcando el paso.

PARA PASAR EL RATO

Un italiano que vivía en Lisboa, en compañía de cinco paisanos suyos, fué robado. Un amigo suyo se comprometió a descubrir al ladrón. Al efecto, se presentó por la noche en casa del italiano, y poniendo en medio de la habitación un puchero que llevaba dijo:

—He prometido descubrir al ladrón que ha robado a nuestro compañero, y lo voy a hacer.

—Trabajo te costará.

—Mirad: dentro de este puchero hay un gallo negro; todos meterán la mano derecha, y sucederá una cosa rara, y es, que cuando la meta el que ha robado el dinero, el gallo cantará, y se descubrirá al ladrón.

—¿Y eso es verdad?

—Ahora mismo lo vais a ver. Manos a la obra; apagó la luz.

Todos metieron las manos sin que cantase el gallo. —Señores, dijo uno, ¿no véis cómo el ladrón está entre nosotros?

Falta una prueba, dijo el amigo encendiendo la vela; que todo el mundo saque la mano derecha.

Todas estaban teñidas de tinta, menos la del que había hablado.

—Este es el ladrón; porque es el único que no ha metido la mano en el puchero, que en vez de gallo tenía tinta.



LA PERSEGUIDA

—¡A propósito de *planchas*!—dijo de Riach, encendiendo un cigarro, porque se hallaban en los postres de una comida de hombres solos.—Yo hice una, hará cosa de diez años, y aun hoy no me puedo acordar sin ruborizarme del chasco que me llevé.

—Cuéntanos cómo fué—dijo uno de los comensales.

De Riach sonrió.

Se trataba de un buen mozo, de mirada viva, con las sienes ya canosas y llevando en el rostro las huellas de una vida muy agitada.

Recientes acontecimientos políticos lo habían llevado a la Cámara, en la que figuraba entre los diputados más jóvenes.

—En aquella época—empezó por declarar—yo seguía a todas las mujeres. Estudiaba Derecho, tenía veintitrés años, la edad de los insaciables apetitos amorosos. Desgraciadamente no conocía casi a nadie, y no tenía amante. Mi bello ideal era encontrar una con la imaginación llena de las Memorias del extravagante Casanova; no hacía más que repetirme a mí mismo que las aventuras se presentaban tan sólo a aquellos que las buscan; y yo las buscaba. ¡Cuántas y cuántas mujeres he seguido yendo tras la aventura! Obreritas que se burlaban de mí; muchachas fáciles que tronchaban en seco la novela, proponiéndome que subiera a su casa; burguesas que apretaban el paso con aire desdeñoso; mundanas sospechosas a las que divertía ese *flirt* al aire libre; en ocasiones jóvenes recién casadas que, torpes, angustiadas, me suplicaban que las dejase tranquilas; hasta chiquillas precoces, que con los ojos brillantes de vicio me daban citas a las que se guardaban bien de acudir.

Claro que al seguir y abordar a todas esas mu-

jerías y al presentarme, según los casos, alegre, tierno, burlón, elegíaco o apasionado, no me hacía la ilusión de rendirlas de golpe y porrazo y verlas en mis brazos a merced de mis labios hambrientos de besos; lejos de eso, con mucha frecuencia mis empresas eran platónicas y absolutamente desinteresadas. Desinteresadas en el sentido de esa voluptuosidad de que habla Sainte-Beuve. Respirar el perfume de esas desconocidas, detallar sus formas, oír su voz, gozar de su turbación, penetrar, a pesar de ser un extraño, en esas vidas herméticas, violar en algo el secreto y el pudor de esos seres que yo sentía vibrar sordamente en su pecho; esto me proporcionaba un goce extraño, agudizado por la pena al pensar que aquella mujer que durante un momento había sido objeto de mi capricho, pasada la esquina de la calle en que dejaba de seguirla, moría para mí, era una criatura viva a la que yo ya no volvería a ver, probablemente, más. Mi pena entonces se impregnaba de un sentimentalismo perturbador. Todos esos rostros y todos esos cuerpos que no habían de pertenecerme me creaban una melancolía rara; pues para nada tenía en cuenta los buenos éxitos que había conseguido gracias a esas persecuciones. Mi idea fija era dar con una mujer joven, linda, predestinada, sobre todo, honrada, de la que yo haría, tras una hermosa y conmovedora resistencia por parte de ella, mi amada elegida y adorada.

Todo lo novelesco del programa que yo me había trazado me ocultaba la fealdad de mis propósitos. Ni por un momento se me ocurrió pensar que pudiese existir un marido, hijos, obligaciones... La idea de una simple inconveniencia no pasó siquiera por mi imaginación. Como yo no concebía que en la vida pudiese haber objetivo alguno que no

fuese el amor, no sentía el menor escrúpulo. El mundo se me antojaba abierto a mis instintos como un coto de caza a un perro perdiguero.

Un día de invierno, de frío intenso, a la hora encantadora en que los faroles se encienden mucho antes de la noche, ví salir de una casa del boulevard Saint-Germain la más linda personilla que desde mucho tiempo contemplaron mis ojos. Verdad es que me encontraba en uno de mis grandes días de languidez, y desde por la mañana todas las mujeres me parecían hechiceras.

De todos modos, aquella de quien os hablo no tenía nada de ordinaria. Su vestir, sin nada de excéntrico, revelaba en su sencilla elegancia un arte delicado y exquisito. Eran sus pies excesivamente chiquitos, y sus manos enguantadas, pequeñas y finas. Caminaba con paso firme y seguro, y era su continente ni libre ni tímido; imponía una gracia ondulante a su falda, que revelaba la elasticidad de sus caderas. Su nuca, muy blanca, dejaba escapar algunos ricitos dorados sobre un cuello de nutria. ¡Con todo eso, era difícilísima de clasificar! Con seguridad se trataba de una parisién de la mejor sociedad. ¿Pero y en cuanto a moralidad?... Podía ser honrada. Al mismo tiempo su modo de mirar decidido, su actitud desenvuelta, su semisonrisa de mujer hermosa, todo lo que yo notaba sin poderlo expresar, me parecía autorizar la duda respecto a ella y justificar una esperanza de vago y agradable «flirt».

No obstante eso, vacilé antes de decidirme a seguirla; pero me pareció que ella había advertido mi presencia, y ya entonces cesó toda mi perplejidad. Puse en práctica todos los disimulos posibles del «buen» seguidor, y unas veces andando pegado a sus talones, otras otorgándole una tregua y pasando a la acera de enfrente, ya atajando resueltamente y como si fuera a abordarla, ya adelantándome a ella para verle mejor la cara y leer en su semblante y en su continente la complicidad tácita o la reprobación y el desagrado que una mujer deja siempre adivinar. ¡Inútil tarea! Mi desconocida no me miraba y continuaba caminando como si yo no existiera. Difícilmente se habrá simulado mejor la indiferencia por mujer alguna. Esto picó mi amor propio y a la entrada del Puente Real me aventuré a hablarle.

No recuerdo ya qué tontería le dije, una frase amable y estúpida seguramente, llena de petulancia y torpeza, como en semejantes ocasiones se nos suele ocurrir. Pero lo que no he podido olvidar es la mirada con que me midió de pies a cabeza; una mirada de sincera, de enorme sorpresa, en la que sonreía un punto de piedad burlona y despectiva.



Esa mirada debía haber sido para mí una saludable advertencia, pero el amor propio triunfó de ella. Titubeé, enrojecí, y luego, unos instantes después, recobrado el aplomo, le hablé de nuevo.

Caminaba ella entonces un poco más de prisa, conservando su airosa gracia, su aspecto desenvuelto; y su tranquilidad me irritaba. Se me escaparon algunas palabras inconvenientes. Levantó la desconocida hacia mí sus ojos puros, muy puros, lo comprendí entonces y me dijo:

—¡Se equivoca usted, caballero!

Le presenté mis excusas, jovialmente, simulando una cortesía muy elegante, tratando de desarmarla de hacerla sonreír, hablándole de mil cosas en montón, como si la conociera de larga fecha. Me sentía ingenioso, me comparaba a Lauzun, cuando ella, encogiéndose ligeramente de hombros, me dijo:

—¡Caballero, me está usted molestando!

Pero no lo quise creer. ¡Existe, en esa intimidad adquirida bruscamente con una mujer bonita, algo tan misterioso! ¿Se divierte quizás con nosotros, o tal vez ese rigor fingido va a quedar desarmado en una derrota sonriente? Dudamos, esperamos, tememos: es una sensación acre, ligera y deliciosa. Y para decirlo todo, quiero confesar que algo en

fondo de mí ser me decía que estaba perdiendo el tiempo. ¿Pero es que, acaso, escuchamos esa voz cuando vamos al lado de lo desconocido que por la fuerza quisiéramos penetrar?

Continué, pues, detrás de la desconocida, que parecía haber tomado ya su resolución, y eso precisamente aumentaba mi osadía. «Si no quisiera escucharme—me decía yo—nadie le impide tomar un coche.» La idea de que la calle es de todos y que aquella mujer hacía uso de su derecho yendo sola a pie no se me ocurrió. «Si continúa andando—pensaba yo—es porque le agrada oírme.» Habíamos pasado la calle de las Pirámides, la Opera, y yo seguía asediándola. De improviso, fatigada ya al parecer de esa obsesión ridícula, se volvió hacia mí y respondió con algunas palabras a mis importunidades. ¡Sin el menor entusiasmo, ciertamente! y con un desabrimiento irónico y breve; pero, en fin, el hecho es que contestaba, y eso era lo esencial para mí. Así llegamos a la Chaussée d'Autin y entró en la calle de Blanche. Esto me pareció de buen augurio; se me antojó descubrir en ella algo más libre que constituía una promesa; pero de pronto, deteniéndose, me ordenó:

—Déjeme usted, caballero. Me podrían ver.

Ya comprenderéis las tonterías que contesté: que no había andado hasta allí para dejarla; que me gustaba infinitamente, que la adoraba, que me hallaba dispuesto a raptarla... Indudablemente la larga caminata me había emborrachado o el perfume del misterio embriagado, porque yo no me conformaba, en mi imaginación, más que con el imposible de un amor dichoso inmediato. En último caso no podía admitir que la novela acabase tan pronto.

Así que cuando la ví entrar en un portal penetré a mi vez, y sin darle tiempo de reflexionar proseguí tras ella. Al poner el pie en el primer peldaño se volvió hacia mí, y mirándome fijamente y de un modo extraño, dijo:

—¿Supongo que no pretenderá usted subir a mi casa?

—¡Al contrariol—respondí con viveza.

Yo no sé qué demonio pasó por mí, pero la abracé por el talle a pesar de su resistencia, y así subí la escalera, formando un cuerpo con ella, y besándole por la fuerza el cuello, entre sus ricillos de oro. Un violento campanillazo hizo que la embriaguez se disipara. La joven atravesó apresuradamente la antecámara obscura, abrió una puerta y me encontré detrás de ella en un gran salón muy bien iluminado, en el que un gigante rubio, de barba enorme y brazos musculosos, se hallaba sentado delante de la chimenea, frente a una señora anciana, ya canosa, que se parecía a mi desconocida.

Tres niños jugaban en el suelo con estampas; un gato grande dormía en un sillón; y detrás del piano, alguien que yo no veía tocaba música de Gounod.

¡De todo esto me dí cuenta en un relámpago! Y oí la voz de la linda damita que le decía al gigante rubio:

—Amigo mío, te presento a este señor que, temeroso de que yo pudiera perderme, se ha empeñado en acompañarme desde el boulevard Saint-Germain.

¡Aquello fué un golpe teatral! El gigante se había levantado con el entrecejo fruncido y la actitud amenazadora. La señora anciana parecía consternada. Una cabeza curiosa asomó por detrás del piano. Los niños suspendieron el juego y fijaron en mí sus grandes ojos. Hasta el gato, atusándose, me contemplaba con reprobación.

Cohibido, pero procurando mantener una actitud digna, perdí toda mi sangre fría al ver que la joven apoyó su mano delicada sobre el hombro de su marido y que de ese modo contuvo el impulso agresivo del gigante, al propio tiempo que me decía con tono indefinible:

—Tómese la molestia de sentarse, caballero; debe usted de estar cansado.

¡Y con su aire burlón se la adivinaba tan honrada!... Aquel marido, aquella madre, aquellos pequeños, aquella paz tibia y luminosa, todo eso revelaba tan claramente la intimidad del hogar y la dicha de la familia, que sentí vergüenza, vergüenza como jamás en mi vida la había sentido. ¿Qué habríais hecho vosotros? Yo me incliné humildemente, diciendo:

—Señora, me he comportado como un necio y como un patán. Yo le presento mis humildísimas y sinceras excusas.

Luego ofrecí mi tarjeta al esposo, balbuceando con voz alterada, pero bastante firme:

—Caballero, estoy a su disposición para toda reparación que desee usted exigirme.

El gigante miró a su esposa, luego a mí, en silencio, y lo rompió al fin para decir lentamente:

—Sus excusas me bastan.

Saludé, muy colorado, y me retiré, cuando con gran confusión mía observé que el gigante rubio, tomando una lámpara, me alumbró desde la antecámara hasta el rellano del piso. Una vez allí, como la emoción me hizo resbalar en el primer peldaño, el amable señor me miró a los ojos y dijo bondadosamente:

—Tenga usted cuidado, caballero, porque la escalera es peligrosa.

PABLO MARGUERITE



LA CARTERA DE UN LITERATO



Una noche nos retirábamos a nuestra casa, mohinos y pensativos, cuando nuestro pie derecho tropezó con un cuerpo blando que se corrió a la izquierda, y vimos, ¿qué dirán ustedes? nada menos que una cartera, que pacíficamente esperaba que le tendiésemos una mano protectora.

No concebimos una cartera perdida sin billetes de Banco; pero nuestro gozo en un pozo. El dichoso hallazgo pertenecía a algún literato, según cogimos por los apuntes, notas y citas que contenía, y que a continuación publicamos:

Un hombre pobre y muy desocupado,
De su buhardilla se salió al tejado;
Y empezando a tirar teja tras teja,
Logró matar un perro y una vieja:

*Bien dicen que el ocioso,
Para nadie en el mundo es provechoso.*

Un jugador de billar cierta tarde,
Quiso de su destreza hacer alarde,
Y al lucir su destreza,
Dió al mozo con el taco en la cabeza:

*En la tierra española,
Siempre se suele errar por carambola.*

Un mozo de café,
Por acortar el gas, rompió un quinqué:
*Los inventos del siglo diecinueve
No son para tratados por la plebe.*

Tocando la campana,
Un sacristán, rompióse la sotana:
*El que en el mundo quiere hacer ruido,
Se rompe algunas veces el vestido.*

De una coz mató un burro a un pobre tordo
Solo porque le dijo:—Está usted gordo:
*El mal más espantoso de los males,
Es tener que tratar con animales.*

Por levantarse un día muy temprano,
Murió de pulmonía don Mariano:
*Esto te probará, caro lector,
Que no se debe ser madrugador.*

Murió instantáneamente don Pascual,
La faja al estrenar de general:
*Hay ciertos distintivos, no te asombres,
Que no pueden llevar todos los hombres.*

Un pavo real, muy mono,
Se daba mucho tono;
Y por lucir el frac y otros excesos,
Cayó en un patio y se rompió los sesos:

*La soberbia es un vicio
Que suele conducir al precipicio.*

De ver a su marido con morrión,
Perdió una miliciano la ilusión:

*A muchos milicianos no les falta
Sino que su mujer les ponga el alta.*

Un burro amigo mío,
Por no saber qué hacer, se tiró al río:
*En honestos quehaceres.
Ocúpate el más tiempo que pudieres.*

Por ir temprano a misa una mañana,
Se le quemó su casa a doña Juana:
*Cumplir los mandamientos,
Suele traer también sus escarmientos.*

Amargamente se quejaba un gato,
Que padecía tisis, sarna y flato,
Y un ratón que sus quejas escuchaba,
Le dijo que sin causas se quejaba:
Y en el refrán se funda,
Que dice que no daña lo que abunda.

Cargando una pistola un elefante,
Salió el tiro, y matóle en el instante.

Dicen autores graves:
No te metas a hacer lo que no sabes.

Al cruzar una calle cierta noche,
Un enano fué víctima de un coche.

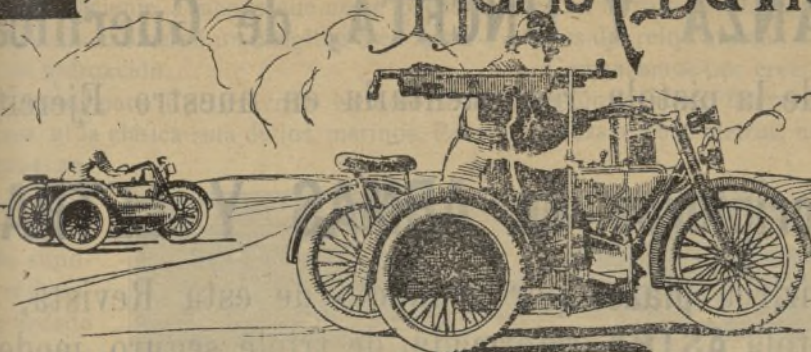
*Vea el género humano,
Lo peligroso que es nacer enano.*

Por no sé qué motivo
Murióse Juan, y lo enterraron vivo:
*Hasta después de muerto
Hay que andar con el ojo muy abierto.*

Un avaro usurero negó un duro
A un pobre que se hallaba en cierto apuro.
Y al avaro usurero el mismo día,
Un ladrón le robó cuanto tenía:
*El castigo del malo, es, ¡oh lector!
Hallar a cada paso otro peor.*

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

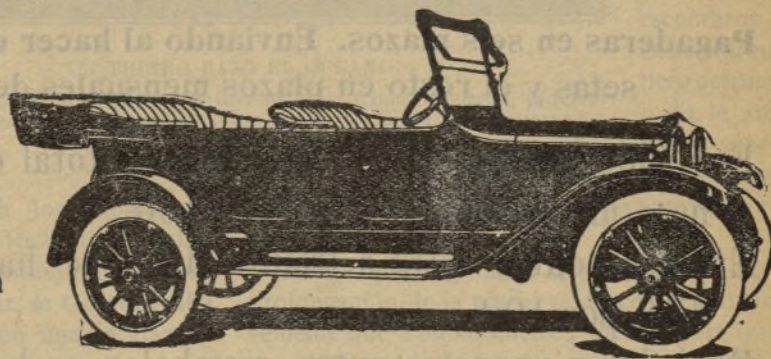
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica

fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de ARMAS Y LETRAS

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



Desde el Havre a New-York a "pie seco"

A pie seco... Parece que no hay nada más sencillo que atravesar así el Atlántico: el puente de un paquebot es suficiente, a menos que no se prefiera atravesarle en la cabina de un dirigible o en la carlinga de un hidroavión.

No escojamos para ir del Havre a New-York ni la vía aérea, ni la clásica ruta de los marinos. Pero renovando el antiguo milagro del mar Rojo, vamos de suponer que el Océano ha quedado vacío de todas sus aguas y que su cavidad, en seco, se abre delante de nosotros como una cañada inmensa, por la que podemos hacer la excursión.

En el borde de esta gigantesca fosa, no sintáis el vértigo, ni cerréis los ojos; por el contrario, es el momento de abrirlos bien, pues nuestra excursión no va a ser un sencillo paseo de imaginación, sino una verdadera excursión científica.

Gracias a la Oceanografía, y en particular a los trabajos de Thoulet, de Alberto de Mónaco, Richard de Joubin y de Berget, vamos a entrar en un mundo real y viviente. Lejos de *suprimir* el mar, la Oceanografía nos sumerge en él, revestidos con una escafandra impermeable, que nos permite visitar todas las regiones submarinas, descifrar el enigma, conocer su vida íntima, el aspecto de sus parajes, la naturaleza de las aguas, la razón de sus furores, la variedad de su flora, y, sobre todo, las maravillas de su fauna prodigiosa. El Océano contiene y alimenta

un mundo vivo, innumerable e infinito, superior en especies a nuestra fauna terrestre; si se deseara hacer un libro de zoología, se llegaría hasta 172 órdenes del reino animal.

Comenzamos por creer que vamos a hacer la ascensión al monte Everest; si la montaña Tiberiana se eleva a 8.840 metros, nosotros tenemos que des-

cender a 8.526 metros. Y si nuestro viaje se efectuara en el Pacífico, batiríamos el *record*, puesto que el sol en este Océano se introduce hasta cerca de 10.000 metros de profundidad.

Dejemos atrás el Havre y marchemos derechos hacia el Oeste; vemos el borde de la incommensurable cubeta, enteramente seca. Entremos...

Por lo pronto, nuestra marcha es un poco penosa, entre los escombros de la costa normanda, pero después domina la arena y una superficie gredosa, uniforme

y suave, que constituye para nosotros como un tapiz mullido.

La ruta que seguimos, que constituye como la prolongación de la playa, va descendiendo tan suavemente que a 90 kilómetros de la ribera francesa no estamos todavía más que a unos 200 metros por debajo del nivel del mar.

Pero a esta distancia de 90 kilómetros un inesperado espectáculo nos sorprende: en lugar de la pendiente suave, encontramos casi cortado a pico un profundo abismo...



UN TRINEO BAJO EL OCÉANO

De la Florida se anuncia que se ha inventado un trineo blindado, provisto de motor eléctrico y de dos propulsores que le permiten de atravesar los bajos fondos.

Tal es la configuración general en la mayor parte de los continentes de nuestro globo terrestre. Sus orillas van sumergiéndose poco a poco, formando a su alrededor como un balcón o acera, hasta un largo de 90 kilómetros.

Esta acera, que termina a los 90 kilómetros próximamente y que cae a pico hacia los más bajos fondos submarinos, se la llama meseta o plataforma continental; es un terreno que soporta las tierras habitables, sirviendo de pedestal. Si un observador colocado en medio del Océano tuviera ojos bastante poderosos para mirar y observar el conjunto de nuestro continente, vería a la Europa colocada sobre este formidable zócalo, cuya base reposa a unos 1.000 metros de profundidad.

¿Qué encontramos en esta meseta continental? Al principio de la partida desde la de las altas mareas hemos visto agitarse en la arena de la playa o en las anfractuosidades de las rocas todo el género conocido de los «arenícolas», los langostinos y los cangrejos; después hemos encontrado vestigios de todos esos peces planos, como los lenguados y rodaballos que vienen a pasar su primera vida a nuestras riberas. Más adelante, entre los pedruscos, innumerables colonias de «patelles», de haliotidas o de especies con ventosas entre rocas batidas por las olas; en la selva marchita de los fucos y los laminarios, hallamos restos muertos de langostas, pescadillas, cangrejos, congrios, rayas y otras variedades y especies de crustáceos de que se compone la fauna litoral.

Avanzando por el plano inclinado, llegamos pronto a la sombra de esas curiosas colonias animales, los corales, que parecen emerger del suelo submarino, como árboles, rosas o escarlatas... En fin, un poco más abajo, vemos algunas algas, oscuras o negras.

Henos ya en la extremidad de esta meseta continental, es decir, al borde del abismo que oculta las capas más profundas del mar. ¡Qué extraño paisaje se ofrece a nuestra vista!

El fondo del Océano, visto desde el balcón continental.

Al pie de esta meseta continental comienza la inmensa región que se extiende hasta el territorio americano y que constituye propiamente el fondo del Océano. Tiene de vez en cuando depresiones enormes, que algunas llegan a una profundidad de siete u ocho veces la altura de la meseta continental: en el Atlántico, por ejemplo, algunas sondas han llegado (fosa de la Remanche) a 7.370 metros o hasta 8.526, como en la «barranca de Porto». Y el

navío Planet ha encontrado en 1911, en el Océano Pacífico un fondo de 9.780 metros.

Sobre este suelo del Océano no busquemos rocas escarpadas ni picos angulosos; se presenta interminablemente ante nuestros ojos sin relieve. Tiene sus valles y sus montañas, pero éstas emergen bajo las olas y sus pendientes son muy suaves. Las aguas profundas ignoran todo movimiento porque hasta ellas no llegan ni el desagüe de los ríos ni los vientos ni las lluvias; si el huracán en lo alto hace elevarse las olas hasta 40 metros, es un rizo ligero el que se produce en esos fondos de 5.000 o de 8.500 metros.

Otro objeto de estupor: que en este paisaje en calma, parece que se ha extendido un tapiz ceniza. Un polvo fino, poco espeso en las cumbres pero acumulado en las cañadas, recubre todo el suelo submarino como un sudario de légamo arcilloso.

Esta soledad grisácea y oscura en que vamos entrar es cien veces peor que el desierto sahariano que al menos conoce el sol y su luz—mientras que aquí, como en el cuento de Chamisso, el hombre ha perdido su misma sombra—. ¡Qué sería si nuestro viaje oceánico fuera real y las aguas cubrieran este fondo submarino haciendo la noche más densa!

Puesto que nuestro imaginaria viaje es a pie, como, nos deja, por el contrario, todas las posibilidades de marcha y de estudio; observemos y adve-
remos.

En este revestido de cieno arcilloso nos es fácil distinguir, como en la corteza terrestre, cantos más o menos rocosos y piedras de todas las tallas. Se sienten también sacudimientos sísmicos; pero ¿no sabemos que el mar tiene sus volcanes y que Islandia, las Azores, Canarias y las Antillas no son más que cráteres emergidos de las profundidades submarinas?

El légamo gredoso cambia de repente de color. Durante dos kilómetros es azul; después rojo, verde-amarillo... Y es que aquí se cuentan por miles las «cadáveres» de todos esos seres microscópicos, radiolares, foraminíferos, diatómicos, etcétera, que vivieron en las altas aguas y cuyas conchillas calcáreas, acumulándose sobre la greda submarina, dan esas coloraciones tan diversas y pintorescas.

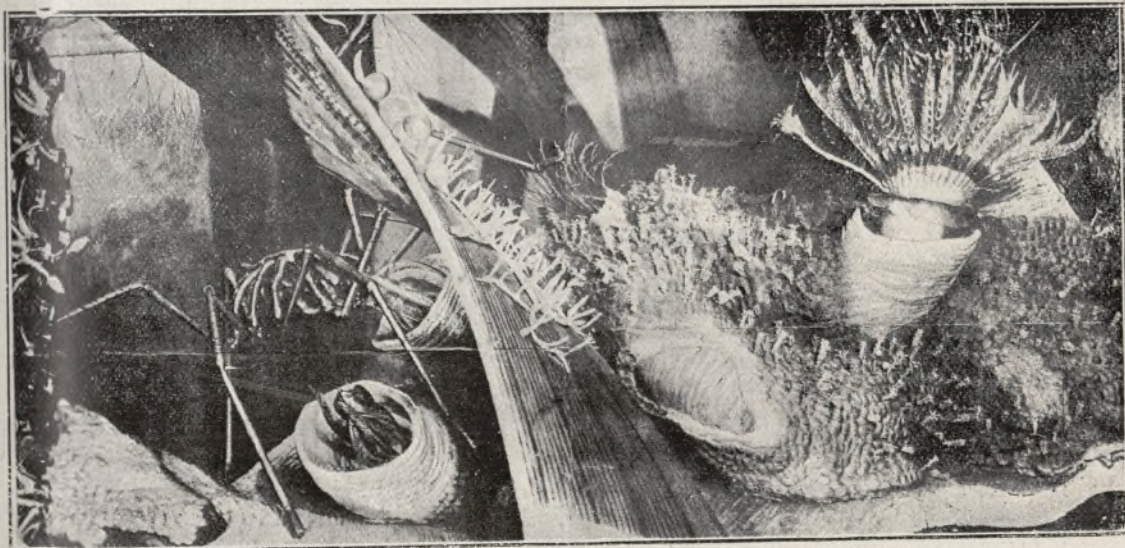
A veces el paisaje se anima. Como en el desierto un oasis de esponjas aparece o de otras variedades semi-vegetales. A veces también vienen a entristecer cernos espectáculos bien lúgubres. En el fondo de alguna «fosa»—y entonces la palabra toma toda su siniestra expresión—acabamos por encontrar objetos humanos, tales como el casco de un barco, que

herido por algún torpedo, ha descendido y ha sido cubierto por este légamo que le envuelve y encierra...

Pero esta mansión de la muerte no es más que una bagatela, puesto que es la vida la que triunfa en estos lugares; una vida intensa, formidable, al lado de la cual la vida de la Humanidad parece una diversión de la Creación.

Suspendamos un momento nuestra marcha y, recogiendo nuestro espíritu, ensayemos de represen-

tas y ultravioletas—pueden penetrar a 800 o 1.000 y ser percibidos por los ojos especiales de ciertos peces. Pero debajo de este nivel nuestra luz solar es bien inútil, pues a 1.500, 2.000 o a 5.000 metros los habitantes de los grandes fondos o bien se pasan sin ojos (y estos ciegos están en pequeño número) o bien—y esto es más fantástico—son ellos mismos luminosos, como el cefalópodo del Mediterráneo, en que los ojos son dos faros, una verdadera fuente luminosa cuyo color varía a voluntad.



FAUNA Y FLORA SUBMARINAS

Los dos cuernos de la abundancia son dos Actinias; la una, la de la derecha, dejando escapar un penacho de la Anélida; la otra, la tiene a medio salir; se ve también la «Psychogonida», que vive a dos o 3.000 metros de profundidad. Más alto, las pequeñas bolas blancas no son más que larvas de Ascídias; en las ramas de algas y laminarias se distinguen Bryozoarios, Corales e Hydrarios.

tar el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos, si las aguas se apoderan de nuevo de este suelo submarino, conduciendo a él todos sus habitantes.

El pueblo de los abismos oceánicos.

Pueblo innumerable, grandioso, que va desde la ballena o el pulpo gigante a los foraminíferos infinitamente pequeños, que han coloreado los fondos submarinos. Pueblo maravilloso, por estar dotado de órganos a los de los otros animales, con propiedades absolutamente *paradoxaes*.

Esta fauna «abyssal» que representa ya ella sola la casi totalidad de nuestra clasificación zoológica, apenas empezamos a conocerla. Cada día los oceanógrafos nos inician un poco más en su vida misteriosa, ignorada durante muchos siglos.

Aunque es cierto que la luz solar es precisa para todos los seres que viven en la meseta continental, también lo es que ciertos rayos solares—los viole-

Imaginemos el espectáculo dramático y desconcertante que deben ofrecer, en el abismo oceánico, todos estos seres monstruosos con su alimentación, sus guerras y sus costumbres. Pero para mayor maravilla, la Oceanografía nos revela la existencia del «plancton».

El «plancton», polvo viviente del mar.

El «plancton» ocupa todo el Océano. Es la clase de los «heimathlos», los «sin patria» del mar; mundo bohemio que se deja arrastrar por las olas; mundo prodigioso que lo mismo se halla en los bajos fondos que en las capas superficiales.

Cuando se pesca en aparatos especiales de seda o de satin, parece que no se ha pescado nada; como es completamente transparente, no se percibe casi; sólo en el fondo se notan algunas manchas brillantes o coloreadas como gelatina. Esta viviente es el «plancton».

Visto al microscopio, ¡qué descubrimiento mas emocionante! Organismos de todas las formas: redondos, ovales, cuadrados, en círculo o en espiral; unos radiados como rueda de bicicleta; otros alargados, con estructura horrible; otros elegantes como encajes.

He aquí toda la escala animal de los Protozoarios: los *radiolares*, los *peridianos* y los *noctículos* luminosos, que, semejantes a un grano de tapioca cocido, dan el magnífico espectáculo del mar fosforescente en las noches del estío. En grado más superior, los *Rayones*, las medusas con su cúpula opalescente, elegantes estrellas de mar, los *calocalanes*, que hacen pensar en el helicóptero, e infinidad de seres, todos minúsculos, de unas dos décimas de milímetro, y los *gigantes*, de un medio centímetro. Y todos estos seres confundidos y formando, digámoslo así, amalgama con huevecillos de todas especies, larvas de crustáceos o anélidos, moluscos o equinodermos y embriones de todos los tamaños.

Este «plancton» marino, que unas veces está cer-

ca de la superficie y otras en las mayores profundidades, se alimenta del plancton «abyssal», de los bajos fondos, que es más pequeño, a menudo desprovisto de ojos y compuesto también de *ca-veres*, de desechos y detritus orgánicos que caen al fondo y que sirve de alimento al «plancton» de los fondos más altos y de las capas superiores e intermedias, en que aún penetra la luz, evitando con todo cieno pútrido que infectaría a sus habitantes.

Y este «plancton», a la vez, es el alimento de muchos animales marinos y el manjar exclusivo de la ballena, lo cual da idea de la formidable cantidad que existe de esta gelatina viviente en el mar, y el estudio es utilísimo para nuestra pesca y nuestra alimentación, por el encadenamiento que existe entre la alimentación de los seres, desde los más microscópicos a las especies superiores más perfeccionadas.

Estos, a grandes rasgos, son los descubrimientos hechos en nuestro viaje «a pie seco», viaje imaginario pero fundado en hechos reales, comprobados por la nueva ciencia: la Oceanografía.

—:: PASATIEMPOS ::—

La muerte de Madame de Chateauroux, querida de Luis XV, produjo una profunda impresión en el ánimo de la reina María Leszinska.

La primera noche no pudo dormir, figurándose la que la difunta volvía.

Fatigada de tantas horas de insomnio y de aflicción, la joven Boirot, que acompañaba a la reina, le dijo:

—¿Qué tiene V. M. esta noche?... ¿se siente mala? ¿llamo al médico?

—No, no, hija mía, no estoy mala; pero si la pobre Madame Chateauroux viniese...

—¡Jesús, señora! ¿Y es esa la causa de tal insomnio?

—Sí, temo verla...

Puede V. M. dormir tranquila; si viniese, no sería ciertamente a buscar a V. M.

* * *

—Pedidme alguna cosa, dijo un ministro a un la. Jere.
han lle, he pedido a V. E., y nada me ha dado hasta 8.1,

—¡Ah! ¿no ha hecho usted más que pedirme Eso es poco.

—¿Pues qué debo hacer?

—Importunarme.

* * *

Se quejaban en una reunión de la mujer de un ministro, porque no frecuentaba la casa, como solía antes de su elevación.

—Les pido perdón, dijo a una amiga que se contó, y estoy seguro que no me lo negarían si supiesen los sinsabores que trae consigo el envidiado honor de ser mujer pública.

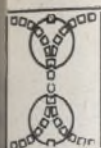
* * *

En una casa de juego hubo una pendencia resultas de las trampas que hacía el que tallaba.

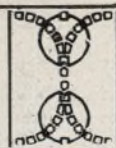
Un individuo que había perdido una gran cantidad, se desesperó hasta el extremo de tirar al trapo por el balcón a la calle.

Repuesto el descalabrado del susto, fué a buscar a un amigo para que le dijese lo que debía hacer en semejante trance.

—Te aconsejo, le dijo el amigo, que de hoy en juegos siempre en piso bajo.



LA ACTUALIDAD MILITAR



El Comandante general de Melilla, señor Martínez Anido, condecorando a los oficiales aviadores que más se han distinguido en la campaña.



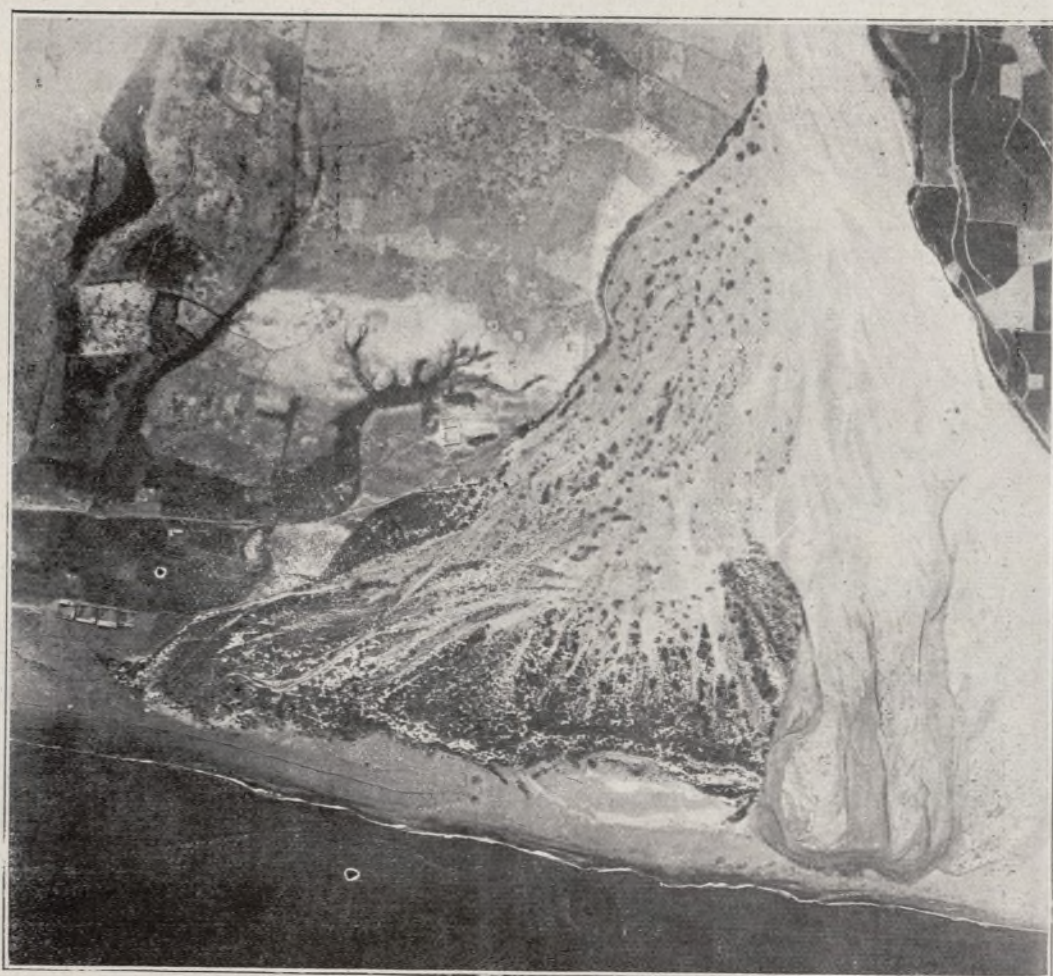
negóse siempre a posar para retrato o escultura, y en la presente fotografía nuestro General aparece sumiso ante el joven escultor que, temeroso de que pudiera volver de su decisión, trabaja deprisa, tanto, que en dos sesiones de hora, realizó un trabajo de varias semanas.



GENTE DE CASA

El teniente Coronel Rey

El gran escultor Amaya, uno de los valores más positivos entre los «virtuosos» del arte, acaba de hacer un busto al General Weyler, en el cual aparece el insigne caudillo con toda la psicología de su temperamento enérgico y rotundo, templado en la azarosa vida de campaña. El General Weyler, enemigo de todo lo que pudiera interpretarse como medio de exhibición,



LA ZONA ENEMIGA.—Vista de la línea de posiciones avanzadas, tomadas desde un avión.— Fotografía de la playa de Alhucemas, en donde en la orilla del mar se observa la traza de las trincheras enemigas.
Fot. Aviación militar.

Movimientos espontáneos de ciertos cuerpos en la superficie de algunos líquidos

El alcanfor, diversas sustancias sólidas odoríferas, y los cuerpos porosos empapados en líquidos volátiles, efectúan en la superficie del agua movimientos singulares de rotación y traslación que han preocupado mucho al mundo sabio en la primera mitad del pasado siglo.

Dutrochet, el ilustre autor del descubrimiento de la endósmosis, después de hacer muchos estudios por desgracia plagados de graves errores al principio (1841), aunque apoyados al fin en experimentos muy valiosos, sólo halló para explicar dichos movimientos la existencia hipotética de una fuerza desconocida que se presentaba en la superficie de separación de dos líquidos cualesquiera, y a la cual llamó *epipóllica*. Esta noción de una nueva fuerza no fué admitida; y por otra parte nada se indicó para reemplazarla; de modo que para explicar los movimientos del alcanfor, volvióse a suponer un efecto de retroceso análogo al de un cohete.

Dutrochet acertó al pensar que debía haber en la superficie de los líquidos una fuerza especial, pues hoy se ha reconocido, en efecto, que esta fuerza es asiente de otra, a la cual se ha dado el nombre de *tensión superficial*.

Sabemos, pues, que existe constantemente en la superficie de todos los líquidos una fuerza a veces poderosa en sus efectos; pero es muy notable que su intensidad cambie con la naturaleza del líquido considerado. Fácil es reconocerlo así sumergiendo un mismo tubo capilar en diversos líquidos, pues se verá como suben a niveles muy distintos.

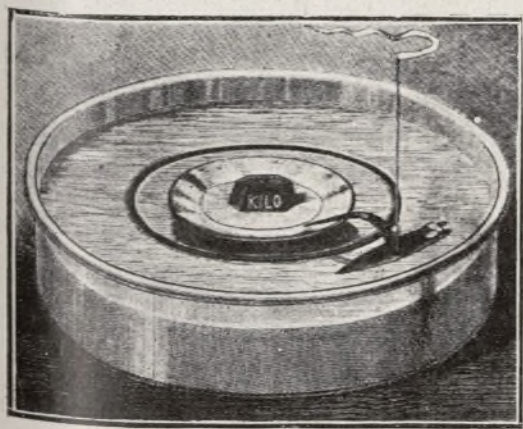
Guiado por estas nociones teóricas he tratado

de construir el pequeño juguete científico que el grabado representa: es una barquita que se ha recortado con las tijeras en una delgada hoja de estaño; puesta sobre el agua, flota fácilmente; y habiendo yo vertido una gota de alcohol en la proa, de modo que tocase el agua, observé al punto que la barquita se deslizaba bruscamente. A primera vista parece que se produce una repulsión súbita y poderosa al efectuarse el contacto del alcohol con el agua; más para considerar bien los hechos, se han de tener muy en cuenta las tensiones y las tracciones que sufre el esquife rodeado por todas partes de una superficie líquida. En la proa y en los lados, esta superficie es de agua pura, y por lo tanto tiene una fuerte tensión; en la proa está cubierta de alcohol, y esta capa misma, muy delgada, disminuye aquélla notablemente; de modo que, solicitada por dos efectos contrarios y desiguales, la barquilla cede al más poderoso, y es arrastrada sin cesar hacia la superficie libre del agua.

No ha de invocarse, pues, la existencia de una *fuerza de repulsión* de naturaleza desconocida, porque sabemos que existe una *fuerza de atracción* que *no puede menos de producir efecto*: la diferencia entre una atracción fuerte, la del agua, y una débil, la del alcohol. El hecho es general en absoluto: el éter, el cloroformo, las esencias y los *aceites* producen un movimiento más o menos rápido de la barquilla. La mayor parte de los líquidos podrían servir teóricamente a causa de la fuerte tensión que hay en la superficie del agua.

Habrá quien crea que semejantes efectos no se producen sino con una capa bastante considerable del líquido sobre el agua; pero sería sumamente fácil demostrar que basta una muy tenue para obtenerlos en gran escala: los vapores mismos nos lo hacen ver, pues basta aspirar en diversos frascos el aire cargados de aquellos en un tubo capilar, que se sumerge después en el agua, para ver el nivel de esta última completamente cambiado.

Notemos aquí que el efecto se produce perfectamente con vapores de alcanfor, y por lo tanto se comprenderá que este cuerpo debe poner el barco en movimiento como los líquidos citados antes. La prueba que yo practiqué para reconocer el hecho excedió a mis esperanzas, pues no sólo se mueve la barquilla sino que su marcha es rápida y regular durante horas enteras.

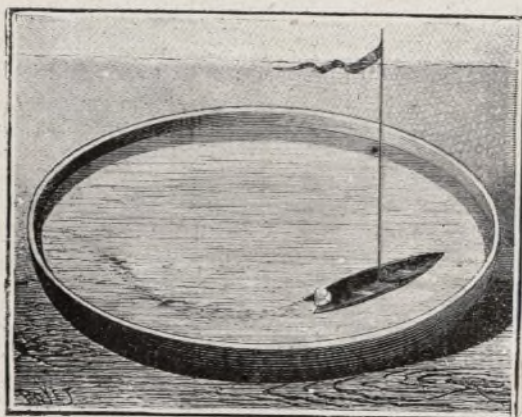


Barco de estaño que hace girar en el agua un flotador cargado.

Para observarlo mejor, basta poner en el esqui- fe una larga paja o una varilla de vidrio a guisa de mástil, sujetándola con un poco de lacre y ponien- do en la extremidad una banderola.

Por las experiencias practicadas, los movimientos del alcanfor y de otros cuerpos en la superficie del agua se explica sin ninguna dificultad: siempre re- sultan ser efecto de una diferencia de tensiones su- periciales desiguales. Lo mismo se observa con el mercurio, sobre el cual, según se sabe, el alcanfor puede también moverse como en el agua. Yo he realizado siempre la experiencia aspirando simple- mente el mercurio ordinario, sin destilar ni purifi- car, por medio de una pipeta, y vertiéndolo en una vasija colocada en un plato; para el mejor éxi- to se pasa una o dos veces una lámina de cristal sobre el mercurio a fin de *espumar* en cierto modo la superficie; después se espolvorea con algunos granos de alcanfor; y formando como una niebla con el aliento, obsérvanse una infinidad de rena- cuajos de larga cola, de agilidad suma, indicado cada cual por una marcha. Este experimento es de los más curiosos y de los más fáciles de realizar.

Parece muy natural que el movimiento cese cuando disminuye la tensión superficial; y un sen- cillo experimento basta para demostrarlo. Póngase sobre un agua de superficie bien pura un anillo formado con un hilo flexible encerado. Es irregu- lar en su contorno, pero será suficiente una gota de aceite colocada en su interior para que se ex- tienda de improviso en forma de un círculo más o menos perfecto, sin que el aceite salga de aquél; pero depositada en el exterior, la gota produce el efecto inverso, contrayendo el anillo en repliegues tan compactos como lo permite la flexibilidad del



He aquí un pequeño barco de estaño que, merced a un motor constituido por una bolita de alcanfor, surca el apacible mar de una palangana llena de agua.



Movimientos del alcanfor en granos finos en la superfi- cie del mercurio.

hilo. Otro factor se ha de tener en cuenta, y es la *viscosidad*, sumamente considerable. Para separar las dos causas que paralizan los movimientos, vis- cosidad y disminución de la tensión superficial, he imaginado enlazar por un puente rígido dos bar- quillas idénticas, colocada la una sobre una capa aceitosa y la otra en una superficie pura; en esta última se pone un anillo flotante de alambre o la- tón encerado, y sobre él se colocan las dos barqui- llas; en la proa de la exterior se adapta un pedazo de alcanfor, y el conjunto comienza entonces a mo- verse. Hecho esto, se vierte una gota de aceite en el círculo interno, y obsérvese que el movimiento *continúa* sin disminuir apenas; pero desde enton- ces se nota que el anillo es arrastrado. Resulta de aquí la viscosidad del aceite no basta para explicar la cesación de los movimientos del alcanfor; de modo que el cambio de tensión superficial es el único factor importante.

Vemos que la teoría de una reacción, producida esta vez en el líquido o en el aire, queda muy po- bre de argumentos; pero aun hay más: coloco so- bre el agua, aceitosa o no, un flotador en forma de cristal de reloj, y pongo la barquilla en su borde; el movimiento continúa, aunque necesariamente disminuye un poco; y si se pone sobre el flotador un frasco o un objeto cualquiera, el peso se eleva a 50, a 100 gramos, o a un kilogramo, y el movi- miento subsiste siempre. Aunque se detenga, el objeto vuelve a continuar su marcha rápida- mente.

— :: FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA :: —



EN PLENO BARRIO ÁRABE

LA FLOTA DE GUERRA MÁS PEQUEÑA DEL MUNDO

Invitaron, no hace mucho, en uno de los grandes astilleros ingleses, a centenares de personas, a que asistieran a una fiesta de carácter especial y único. En las invitaciones se hablaba del lanzamiento y del ensayo de la flota de guerra más pequeña del mundo.

Tal invitación era enigmática, porque no se adivinaba si la pequeñez consistía en el poco número de unidades o en la magnitud de ellas.

Cuando los invitados vieron las naves en la concha que les indicaron, su decepción no tuvo límites.

Tenían delante la famosa flota, con sus dos dreadnoughts, sus dos cruceros acorazados y sus dos destroyers, todos, modelos reducidos como los que se ven en los museos y hasta casi en los bazares de juguetes.

¡Para eso se les había arrancado de sus ocupaciones y a algunos impuesto un largo viaje a través de la Gran Bretaña! ¡Para admirar unos juguetes!

Varios resolvieron marcharse en seguida, no sin protestar del hecho ante los directores del astillero, cuando un cañonazo disparado desde uno de los dreadnoughts que sonó como un escopetazo, señalaba el comienzo del ensayo.

Con intensa sorpresa, los espectadores vieron que los buques levaban anclas y comenzaban sus evoluciones en el inmenso estanque.

Dominaba el runruneo de los motores en el silencio que se había extendido en la concurrencia admirada.

Pronto comprendieron que las evoluciones de

los pequeños navíos eran demasiado complicadas para que obedecieran a ningún mecanismo de engranajes de ruedas. Los maliciosos, o que se oyeron tales, imaginaron que los barcos estaban mandados a distancia, mediante la telegrafía sin hilos. Conocían sin duda el telegnino.

Pero también esta hipótesis fué insostenible, porque cada uno de los buques ejecutaba maniobras independientes, y si se quiere, individuales. Un buque, por ejemplo, en línea recta, mientras otro describía un arco de círculo para cortarle el camino.

Como si estas evoluciones no tuviesen otra finalidad que cumplir la obligación de tantear al adversario; es decir, era una verdadera batalla naval que se empeñó bien pronto en la bahía.

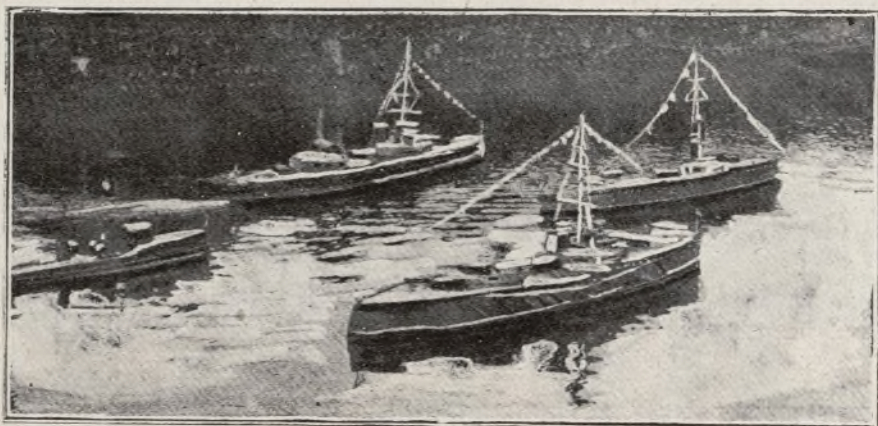
Un destroyer se precipitó sobre un crucero y éste le recibió dignamente. Se vió a sus piezas gemelas virar con sus torres, en dirección del agresor.

Súbitamente los cañones hicieron fuego y desde los muelles próximos se vieron distintamente los rebotes del proyectil en la superficie del agua. El ágil destroyer había esquivado los tiros con un brusco viraje de costado.

Tomó distancia, describió una circunferencia alrededor del crucero, y sin detener su velocidad lanzó un torpedo que tampoco hizo blanco.

Fué a explotar contra el muelle, sin otros perjuicios para los espectadores inmediatos, que una explosión de regalo.

Entre tanto, se desarrollaban en la concha otras



He aquí, en línea de combate, la minúscula escuadra, cuyos dreadnoughts, cruceros y destroyers, armados de cañones y torres blindadas, se aperceben al ataque.

combates. Un dreadnought fué alcanzado por un torpedo, y reconociéndose fuera de combate, arrió su bandera. Pero el destróyer que acababa de vencerlo, no contaba con su propio vencimiento, que lo ocasionó un crucero con un certero cañonazo.

Después de tres cuartos de hora de tan emocionante combate, terminó la batalla naval, y todos los combatientes, incluso los supuestos en reparación, fueron a alinearse armoniosamente en el centro de la bahía donde andaron.

Los espectadores entusiasmados conocieron al fin la clave del enigma.

En medio del puente de cada buque, había una trampilla disimulada, que se levantó y de cada una surgió una cabeza humana.

Los minúsculos navíos encerraban un hombre acomodado en la quilla, que tenía a su alcance un cuadro con llaves de mando para los diversos órganos: el motorcito eléctrico alimentado por acumuladores, el gobernable, los cañones, los tubos lanzatorpedos, los tornos de las anclas, etc.

Los espectadores, como nuestros lectores, pensaron, qué fin podría perseguir un astillero para la construcción de grandes buques de guerra y de comercio, confeccionando esa escuadra de juguete.



Los servidores de la escuadra ocupando sus puestos y examinando los barcos antes de entrar en combate.

La dirección no quiso sacarlos de dudas.

Seis meses después, los periódicos de Melburne daban cuenta de que se estaba librando una batalla naval en un grande estanque de los dominios de un riquísimo poseedor de minas de oro, que imaginó ese juguete para obsequiar a su hijo, con tal regalo de Navidad.

Tan preciosos juguetes formaron escuela, aprovechando la idea un empresario americano; pero amplificándola notablemente.

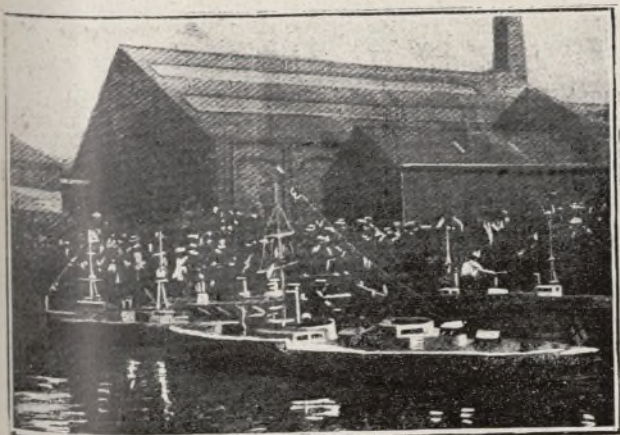
En el circo más grande de Nueva York y en su pista convertida en piscina, evolucionaban unos treinta navíos de guerra de todas clases, y se pudo hacer una reconstitución de la batalla de Jutlandia.

La ilusión de la realidad era llevada todo lo lejos posible.

Por ejemplo, los contratorpederos producían una áspera cortina de humo, para impedir que les viera el enemigo, y poder aproximarse a buena distancia, o ponerse fuera del alcance de los cañones.

A pesar de todo, el tal empresario no obtuvo las ganancias que había calculado, acaso porque la guerra grande es una cosa ya pasada, y tan penosa que no gusta su recuerdo.

Pero, para ejercicios de guerra en el mar ¿será alguna vez de utilidad apelar a estas escuadras de juguete?



La escuadra, después de la batalla, se refugia en el muelle, a fin de reparar las averías producidas por el fuego de sus baterías de «gran calibre».



DEL CAPITULO DE DEPORTES

CÓMO SE REGISTRA FOTOGRÁFICAMENTE AL CABALLO VENCEDOR

Ocurre frecuentemente en las carreras de caballos cuando los corredores se siguen muy de cerca que el vencedor gane a otro por una cabeza, por un cuarto de cabeza, o por algunos centímetros. El papel del juez, siempre delicado, se hace difícilísimo para pronunciar el «dead-heat» de llegada, cuando ve llegar al poste a dos caballos perfilados.

Fuera de este caso especial, se puede admitir que un hombre ejercitado distinga siempre quien es el ganador; pero cuando los caballos llegan en grupo cerrado, tocándose casi, no sobrepasándose apenas, los vestidos de los jockeys y las monturas y equipos de los caballos forman un mosaico, es muy difícil en una ojeada distinguir, en aquel segundo de la llegada a la meta, el verdadero ganador. En estas condiciones se llega fatalmente a que el árbitro se engañe, porque no viendo la cabeza de los caballos, se guía por la de los jockeys o sus vestimentas. Esto ha dado lugar a protestas del público, porque desde las tribunas hayan distinguido llegar a otro antes, aunque, claro es, que esta cambia, según desde el punto que se mire. Por razones de este orden se ha decretado la infabilidad del juez que basa su calificación en una impresión retiniana durante una mínima fracción de segundo, que escapa a cualquiera otra comprobación.

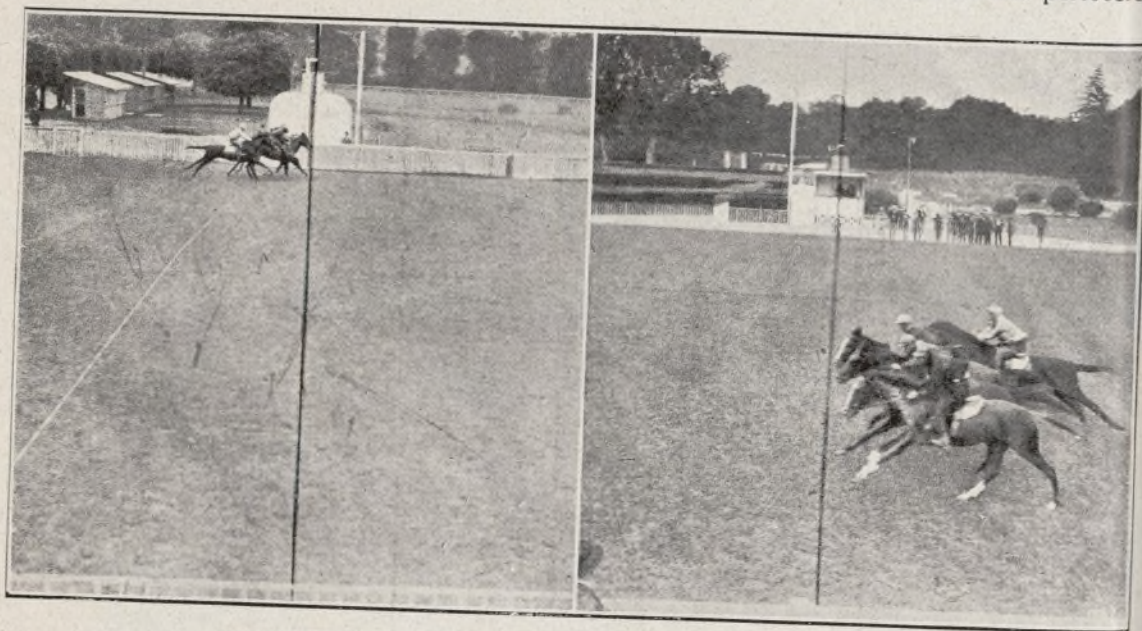
Este procedimiento, un poco primitivo ha sido

abandonado en Bélgica, donde desde el año 1910, las sociedades dedicadas a este sport han adoptado un sistema de autofotografía, inventado por el francés M. Sip, y que perfeccionada por Branger, funciona ahora Maison-Laffite y funcionará bien pronto en todos los hipódromos.

M. Sips tiende al través de la pista a una altura de 85 a 90 centímetros, que corresponde al pecho del caballo, un hilo de algodón teñido del color de la yerba, que pueda soportar una tensión de 9 kilos pero que se rompa al menor choque. Enrollado en una bobina que está en un lado de la pista, este hilo está unido por el otro lado a un contacto eléctrico formado por dos laminillas flexibles, distantes una de otra, como un milímetro. Desde que él es tropezado por el pecho del caballo, se le obliga antes de romperse, a un exceso de tensión que tiene por efecto verificar el contacto y producir una corriente eléctrica que, por medio de un electro-iman, abre el obturador de un aparato fotográfico.

El hilo está tendido a 1,50 metros antes de la línea de llegada; tal distancia es la adoptada, después de numerosas experiencias en Maison-Laffite, con objeto de que la fotografía registre, el momento preciso de la aparición de la nariz del caballo en la línea o punto de la meta.

Branger ha aportado a este sistema perfecciona-

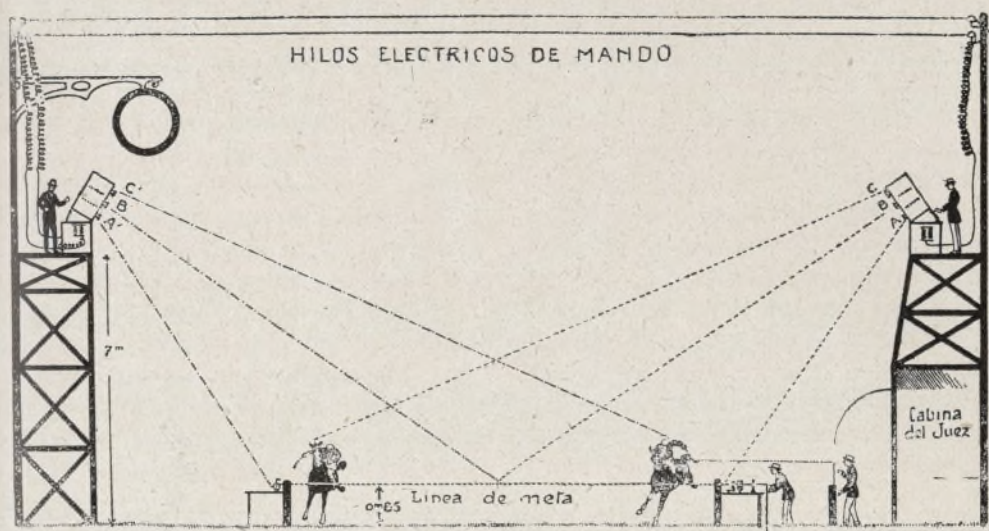


AUTOGRAFÍAS AUTOMÁTICAS DE UNA CARRERA DE CABALLOS

La llegada, en pelotón cerrado, tal como la ve el Juez.—La misma, vista por el lado opuesto por los espectadores de las tribunas.

mientos serios. Ha instalado dos puestos fotográficos a una altura de siete a ocho metros; el uno en-

de llegada y la reunión de los cuatro clichés hace imposible una falsa interpretación, tanto en lo que



Esquema de los aparatos «Sips-Branger», fotografiando automáticamente al ganador de una carrera, en el mismo momento de romper el hilo de la línea de llegada.

Los dos grupos de objetivos A B y A' B' funcionan sincrónicamente en el momento que el pecho del primer caballo corta el hilo de la línea de llegada; los objetivos C y C' no funcionan sincrónicamente, sino con la intervención de un operador. El hombre colocado delante del juez, asegura la ligazón entre el contacto eléctrico, producido por el hilo al romperse, y el electroimán, algunos instantes antes de la llegada del caballo, a fin de evitar todo funcionamiento intempestivo del obturador, si el hilo es roto por una causa accidental. Este hilo está tendido hasta la bobina que está a la izquierda. Los trazos de punto y línea marcan el campo de acción de cada objetivo.

cima de la cabina del juez y el otro enfrente, cerca del poste indicador. Cada puesto se compone de un grupo de tres aparatos convergentes dispuestos de tal manera, que un hilo tendido verticalmente un poco antes del centro focal del cristal esmerilado y, por consecuencia, de las placas sensibles (de 13 por 18) se encuentra en el eje de la mira del juez o del poste de llegada. Estas dos líneas precisan sobre la placa posiciones de los dos grupos de aparatos que se complementan el uno con el otro.

Un aparato de cada grupo está dispuesto para su maniobra a mano; los otros dos que deben ser movidos automáticamente son solidarios entre sí; y los dos objetivos de un mismo grupo tienen focos diferentes el uno, a una distancia de 5 a 30, tiene nitidez absoluta y algo más lejos, relativa; el otro, tiene nitidez relativa de 5 a 30 metros y absoluta, a mayor distancia. La pista mide generalmente, de 40 a 60 metros de anchura; a cualquier distancia de la cuerda que pase un caballo, será fotografiado por alguno de los aparatos con una limpidez perfecta. Los cuatro obturados funcionan sincrónicamente por la corriente eléctrica, a una rapidez de 1/1.800^e de segundo. Se obtiene así cuatro clichés del vencedor, que opera él mismo y que es visto por los dos lados de la pista, en dos ángulos visuales ligeramente diferentes. Se registra, pues, la posición del caballo, cuya nariz corta primero la línea

conciene al ganador como a los que le siguen, puesto que los cuatro clichés representan a cuatro jueces o árbitros.

El tercer aparato, instalado al lado de cada uno de los grupos automáticos, es completamente independiente, y está accionado por un operador en observación encima de la cabina del juez. Este aparato está destinado a fotografiar el pelotón, comprendiendo a uno o muchos caballos colocados, cuando este pelotón está separado del ganador a bastante distancia. Si es verdad que ofrece menos garantías que el aparato automático, también es cierto que hace presentar mayores detalles en su fotografía, que la sencilla visión del árbitro.

Dos minutos después de la rotura del hilo, los cuatro clichés de los aparatos automáticos son revelados; algunos instantes más tarde los de los aparatos a mano y al cabo de seis minutos, se pueden tener tres positivas perfectamente limpias. El juez tiene en ellas todos los elementos para decidir sin error posible. Cuando el caso se presenta dudoso él anuncia por medio de un cartel *Fotografía*, y el público espera el resultado del examen de los clichés.

El sistema Sips, perfeccionado por Branger, parece ofrecer el máximo de garantías; si su práctica disminuye un poco el prestigio del juez, al menos tiene la ventaja de evitar todas las discusiones y polémicas.



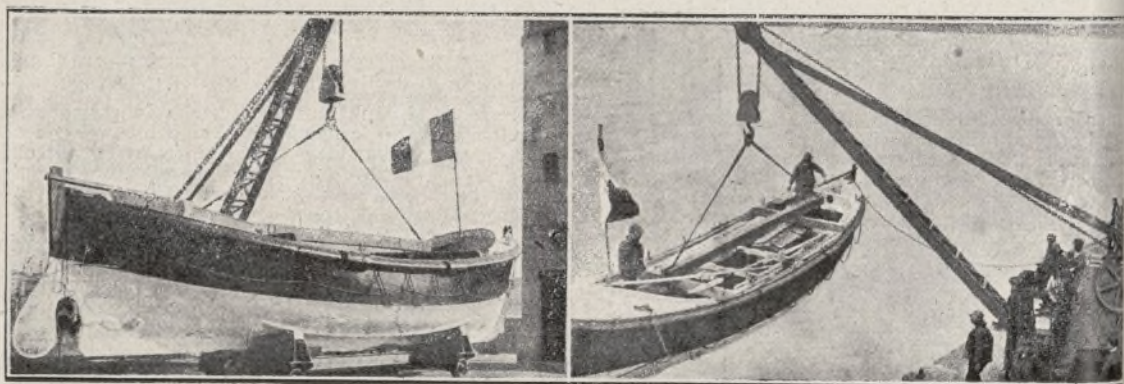
COSAS DEL MAR

EL SALVAMENTO MARÍTIMO

El invierno último, por el mar cruel que ha reinado en las costas francesas, los naufragos fueron numerosísimos. Felizmente, la buena organización del salvamento marítimo permitió salvar a la mayoría de las vidas humanas en peligro; de suerte que fueron muy pocas las víctimas que hubo que deplorar. Esta misión ha sido cumplida abnegadamente por la *Sociedad Central de Salvamento de Naufragos*, a la que, desde 1865, el Estado confió el cometido de organizar el salvamento en las costas. Su acción está complementada por la Sociedad de los Hospitalarios Salvadores bretones y por la

la Sociedad, comparando la cifra de los gastos anuales, que eran, hace unos treinta años, unos 200.000 francos, a los de 1923, que se elevan a cerca de 2.000.000. Este aumento se debe exclusivamente al capítulo de construcción de canoas y al mejoramiento de las estaciones existentes.

El principal esfuerzo actual se dirige sobre las canoas a motor, cuyo interés no es preciso demostrar. Los motores han entrado, es cierto, en práctica corriente, desde hace varios años; pero tenían una aplicación particularmente difícil a bordo de las canoas de salvamento, llamadas a funcio-



Dos formas de lanzar al mar una canoa de salvamento, en el momento que es requerido su auxilio.

Cámara de Comercio. En el curso de una discusión reciente en la Cámara de los Diputados fueron dedicados vivos elogios a los valerosos salvadores, sobre todo a los equipos de las canoas de la Sociedad Central, cuya abnegación ha causado y causa la admiración de los navegantes.

Desde la fundación de la Sociedad Central, en 1865, hasta el 1.º de Enero del presente año, el número de personas salvadas por el personal de las estaciones se ha elevado hasta el de 21.234. Esta cifra es asaz elocuente. Durante el mismo lapso de tiempo, los gastos en canoas, casas-abrigos, calas de lanzamiento, vías férreas, aparatos porta-amarras, puestos de socorro, máquinas diversas, recompensas e indemnizaciones a naufragos y a sus familias, llegaron a la suma de 19.378.214 francos. Desde el almirante Rigaul de Genouilly, fundador, hasta el vicealmirante Touchard, su presidente actual, la Sociedad ha merecido las alabanzas de los marinos de todo el mundo.

Se tiene idea del aumento y de la actividad de

nar en mares muy duros y a través de los escollos. Sin embargo, se imponía su empleo. En efecto, las canoas de salvamento, a remo, obligadas a aumentar sus dimensiones y obtener al mismo tiempo una mayor estabilidad posible, habían llegado a pesar mucho (cinco toneladas); de suerte que, aun aumentando el equipaje, su maniobra en el mar grueso exigía increíbles esfuerzos musculares.

Pero en el momento de adoptar la canoa de salvamento a motor se presentaba la cuestión de si con uno o con dos motores. Con un motor era preciso conservar los remos para maniobrar la canoa, en caso de *panne*; pero para el servicio de los remos pudiera hacerse con comodidad, tenía que encerrarse el motor en un lugar estrecho, difícilmente accesible. Además, la maniobra de los remos requiere un equipo numeroso y restringe bastante las plazas reservadas a los naufragos. La Comisión técnica, después del examen de la cuestión, ha adoptado un tipo de canoa, hecho por M. Augustin Normaud, con dos motores indepen-

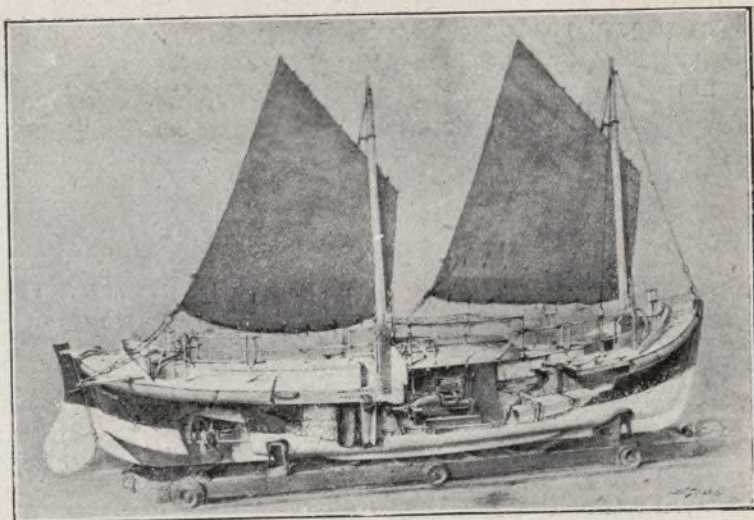
dientes, cada uno con su hélice. Los motores ocupan una cámara espaciosa, donde un hombre puede trabajar con desembarazo. La canoa tiene dos emplazamientos reservados para los salvadores y para las personas salvadas, uno delante del motor, y otro detrás. Puede recibir, en total, de 20 a 26 hombres. Estos emplazamientos están provistos de depósito de evacuación establecidos para vaciar en diez segundos el agua del mar, al ser invadidos por las olas. Las hélices están colocadas bajo una bóveda única y separadas longitudinalmente por un plano de madera. Estas canoas no tienen remos, pero están provistas de un velamen suñciente. Ya tienen en su activo numerosas salvaciones.

Nadie puede imaginarse la energía y la presencia de espíritu que son precisas para lanzarse a «la

gruesa mar» al socorro de algún navío en peligro, sabiendo el riesgo que se corre de estrellarse, por efecto de las fuertes olas, contra sus flancos o costados. La canoa no aborda al navío, pero es preciso mantener una corta y prudente distancia para transbordar los naufragos. El mantenimiento de esta distancia supone una fuerza de voluntad a toda prueba; a menudo esta comunicación precaria es interrumpida, y todo el trabajo largo y penoso, hay que hacerlo de nuevo.

Cuando, al fin, los desgraciados naufragos han sido recogidos a bordo, helados, deprimidos, medio muertos, es preciso entrár en el puerto. Entonces comienza de nuevo la lucha, tan peligrosa como a la salida, y a veces más, si hay que franquear la *barra*, como existe en muchos puertos. Las *barras* están casi siempre muy cerca de tierra; las olas enormes pasan por encima, y el menor movimiento mal hecho del timón puede causar la pérdida total de la embarcación. Para evitar zozobre por el impulso de una ola, lleva detrás un ancla flotante. Este aparato consiste en un cono de hule que se llena de agua y hace el oficio de freno. El barco remolca el ancla flotante, que le da un punto de apoyo, en el caso de mantenerse perpendicular, cuando las olas le baten los flancos con violencia. La barra es franqueada, y la canoa registra en su activo un salvamento más.

Se adivina, por esto, el cuidado que la Sociedad Central ha de poner en el reclutamiento de sus equipos.



LA NUEVA CANOA DE DOS MOTORES ADOPTADA POR LA SOCIEDAD CENTRAL DE SALVAMENTO

La parte seccionada da a conocer los dispositivos interiores. De izquierda a derecha se ve el timón maniobrado por la rueda que ha reemplazado a la barra; las dos hélices; los depósitos de evacuación, que permiten vaciar de agua en diez segundos los departamentos reservados a los salvadores y personas salvadas. En el centro, la cámara con los dos motores. A la derecha, cajas de aire para asegurar la estabilidad de la canoa.

Para la creación de una estación de salvamento, el equipo de la canoa es escogido por el Comité local, entre los pescadores u otros marinos que se inscriben voluntariamente. Se compone de un patrón, un subpatrón y un número de hombres, doble que el de los remos que puede llevar la canoa. El equipo de las de motor comprende uno o dos mecánicos. El patrón y el subpatrón son elegidos por escrutinio secreto entre los mismos compañeros, con la reserva de someterlo a la aprobación del Comité local y del Consejo de Administración de la Sociedad. Lo mismo se procede cuando hay que sustituir a un patrón o subpatrón. Designados éstos y los marineros, se procede a hacer prácticas y ejercicios para su instrucción y para hacer las instalaciones. Después de estas prácticas, las salidas no se hacen más que periódicamente, con preferencia un día de gran viento, para ejercitar al personal.

Las canoas son puestas en casas-abrigos, en la proximidad de la rada de lanzamiento, y raras veces son mantenidas a flote, pero nada más que provisoriamente, por no ser conveniente este sistema.

La Sociedad Central de Salvamento de los naufragos posee 113 canoas (de ellas, 17 a motor), repartidas en 107 estaciones, de las cuales, algunas disponen de dos canoas. Tiene 72 puestos portamarras, y unos 350 más con instrumentos y utensilios diversos de salvamento. Sus recursos provienen, más bien, de la generosidad privada, aunque

tiene pequeñas subvenciones del Estado, de los Departamentos y de los Municipios.

El Parlamento, comprendiendo la difícil y abnegada misión de los individuos que componen esta Sociedad de salvamento, en más de una ocasión ha estudiado el medio de hacer la organización del salvamento en los mares por el Estado; pero, como materia de naturaleza excepcional, ha parecido mejor que la intervención del Estado debía efectuarse para completar, en ciertos puntos, la obra e iniciativa privadas.

Se debe incitar al público a interesarse directamente y cada vez más en las cosas del mar. No es cierto que si el servicio pasara a manos del Estado se cumpliría mejor. El salvamento «en servicio mandado» no excitara los sentimientos ni las abnegaciones como el sacrificio voluntariamente ejercido, igual que lo hace la Sociedad—de que nosotros hemos ocupado—, causando la admiración de todos los marinos, sin distinción de nacionalidades. Es de desear que siga bajo la iniciativa privada como hasta ahora.



INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTOGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómulo)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 petas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPANIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Joyería Hispano-Belga
MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9
Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. *.* Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

LA OCAISION COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos. Mayor, 68

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono 2485, M

Venta de toda clase de maquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Cofón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. - Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Zalleres: Zutor 1. y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicycletas, Objetos de arte y fantasía, y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERÁ DE LAS VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA EN EL NEGOCIO PUEDEN PROPORCIONARLE

FIEL A LA CONSIGNA

HISTORIETA, por OSCAR



1775. Que nadie se siente aquí.



1775. Que nadie se siente aquí...



1800....



1860....



1900....



1923.... ¡¡¡Alto!!!



I

El primero de los Apóstoles se perfeccionó tanto en la virtud, que hasta llegó a querer a su suegra. Y cuidado que, según la tradición popular, era la peor de las suegras habidas y por haber. Entre todas las brujas que han visitado a Barahona, no se ha hallado otra semejante. Era más larga que un pleito; más negra que el alma de un neo; más flaca que la memoria de un *parvenu*. Su cabeza, levantándose sobre su inmenso y descarnado cuello, como la de una cigüeña, estaba adornada por dos docenas de cabellos grises que ataba cuidadosamente sobre la nuca. Sus ojos, chicos, redondos, bailadores y escondidos, parecían dos reptiles en sus cuevas. Su nariz se encorbaba a modo de pico, y su barba se elevaba con un gracioso lunar en medio; lunar de donde brotaban multitud de cerdas blanquecinas y retorcidas. Sus manos eran garras. Toda ella parecía un ave de rapiña más que una mujer, y lo mejor que tenía era la figura. Excusado es decir si quería a su yerno. Al saber que le habrían martirizado, se murió de alegría. El diablo llegó, la cogió con unas tenazas, y la echó en la correspondiente caldera de pez hirviendo.

II

San Pedro, a pesar de todo, seguía queriendo a su suegra en el otro mundo, y estaba descontento en el cielo porque no tenía a su suegra al lado. El ángel de la Justicia, que frecuentemente le acompañaba en la portería, unas veces por obligación y otras por gusto, notó que su buen amigo andaba caviloso, desganado y taciturno; y como en el cielo no se acostumbra enfermar ni tener disgustos, le preguntó con interés qué tenía.

San Pedro calló al pronto y trató de mudar de conversación, pero al fin se dejó vencer, y abrió su pecho a su compañero, como un rey de tragedia a su confidente.—Lo confieso,—terminó diciendo,—

sin mi suegra estoy sin sombra, y con más espilla que un inglés en invierno. Esto no puede continuar.

—Desgraciadamente,—contestó el ángel,—durará toda la eternidad; porque ¿cómo traer aquí esta arpía? ¡Bueno se pondría el cielo!

—Bien mirado, no es tan mala como te figuras.

—¡Bah!

—Y después de lo que ha padecido, debe estar muy corregida.

—¿En el infierno crees que se corrige alguien? Ni más ni menos que en una cárcel española. El que entra con una manchita, al poco tiempo está pintado de negro de los pies a la cabeza. Además, sabes que del infierno nadie sale.

—Acuérdate del emperador romano, a quien sacó uno de mis sucesores.

—Es cuento.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, y de que se inventó para enaltecer el poder pontificio.

—Lo he de averiguar; pero aunque tengas razón, ¿no podrías hacerme un ligero favor? ¿No podrías dejar que mi suegra se exceptuase de la regla general, y fuese perdonada?

—¿Estás loco? Yo no puedo hacer eso.

—Pues es preciso, porque, si no, me llamo a engaño. Yo no he venido aquí a estar triste, sino alegre, y no he de ser el único santo infeliz.

—Aleja de tí esas ideas.

—No puedo, ni quiero alejarlas, porque no quiero ser ingrato.

—¡Ingrato! ¿con quién?

—Con mi suegra. ¿No sabes que la paciencia que con ella he ejercitado, es la que más gloria me ha valido?

—En fin, yo no puedo hacer eso; lo más que puedo hacer, es decir al Supremo Juez tu pretensión, y recomendarla.

—Algo es algo: yo buscaré otros ángeles y santos que la recomienden también.

—¡Adiós, pues, y hasta la vista!

III

La misma conversación que con el ángel de la Justicia, tuvo San Pedro con el de la Misericordia y con otros muchos ciudadanos de la corte celestial; y tanto trabajó, y tanto trabajaron ellos, que al fin el Juez Supremo se dejó conmovir.

Una mañana, el ángel de la Justicia se presentó a San Pedro y le dijo:

—He aquí lo que se ha resuelto. Aquí te traigo un hilo, con el que desde la puerta del cielo puedes sondear el fondo del abismo; llama a tu suegra, échale, y si el peso de su maldad no lo rompe, que suba por él al cielo.

El hilo era más delgado que un argumento escolástico, pero no había que murmurar.

San Pedro le cogió, se asomó a la puerta del cielo, y gritó, como en los antiguos autos sacramentales de España:

—¡Ah del terrible reino del espanto!—Y llamó a su suegra, a quien en alta voz (porque hay casi tanta distancia del cielo al infierno, como del alma de D. Quijote a la de Sancho) puso al corriente del asunto.

No le costó gran trabajo hacerse entender. La vieja, apenas le oyó, dando suelta a su habitual hidrofobia, le arrojó a los oídos una granizada de denuestos, que ni las flechas de los persas que habían de oscurecer el sol. La boca de aquella suegra no era boca humana; era la Plaza de Toros de Madrid, con malos toros, malos toreros y un presidente torpe. Cuando, fatigada, se aplacaba un poco, no parecía más que una batería de mil cañones Armstrong, haciendo fuego graneado. Por último, Luzbel se incomodó, la dió un buen puntapié en la parte que Rabelais, agregado a una embajada, te-

mía tener que besar al Papa, en vista de que el embajador le besaba los pies, y poniéndole una mordaza (es decir una bola de asfalto en la boca), la gritó:

—¡Bestia, escucha!

El alma rebelde de la suegra tuvo ya que contentarse con rabiarse de forros adentro.

Entonces fué cuando San Pedro echó su hilito.

Todos los condenados y todos los demonios, que se habían enterado de lo que se trataba, corrieron a cogerle, dándose de pescozones como los chicos de Madrid que cogen aleluyas en los Viáticos de Pascua; y todo el infierno, menos la vieja, se colgó de aquel átomo de esperanza.

Aunque el hilo era delgado, todo el infierno colgado de él uo parecía pesar en su punta más que una mosca en la de una maroma. Con el mismo Lucifer colgado ondeaba perfectamente en el viento.

Pero la vieja se abalanzó a la cuerda gritando (en el barullo se había arrancado la mordaza):

—¡Fuera, fuera todos, que no tenéis un yerno santo! Yo sola debo salvarme.

La cuerda se estiró entonces, como si se la hubiesen puesto cien arrobas de peso.

—¡Salvémonos todos!—decían los condenados.

—No, no,—repetía la vieja;—yo sola, yo sola.

La cuerda crujió.

—¡Todos, todos,—segúan gritando.

—¡Yo sola, o ninguno!—chillaba la vieja, arañando y mordiendo a cuantos cogía.

El hilo se rompió entonces; todo el infierno cayó desplomado, y el ángel de la Justicia dijo a San Pedro, que lanzaba un grito de angustia:

—¿Ves como pedías un imposible? El cielo es el amor, y por eso es la felicidad. ¿Cómo han de entrar en él la envidia, la soberbia, ni el egoísmo?

C A S O S Y C O S A S

Siendo el ilustre D. Juan de Austria capitán general y gobernador de las armas españolas que estaban sobre Barcelona en tiempo de la sublevación del principado de Cataluña, convocó junta a bordo de la *Capitana*, de todos los jefes de mar y tierra, con el objeto de discutir el medio mejor de estorbar la percepción de los socorros que esperaban los franceses.

Hubo diferentes pareceres.

D. Enrique de Benavides, general de las galeras de Sicilia, dijo:

—Lo más acertado, señores, es entrarse en sus puertos y apresarles o quemarles los buques.

—¿Y os atreveréis vos a hacerlo? dijo D. Juan.

—Si me he atrevido a decirlo, señor, ¿no me he de atrever a ejecutarlo?

Diósele la orden, y cumplióla con tal suerte, que del puerto de Tolón sacó y quemó con sus galeras setenta buques franceses cargados de provisiones.

* * *

Un sujeto que se paseaba por las orillas del Misisipi, que es un río de corriente muy rápida, preguntó a un aldeano que encontró por casualidad:

—¿Cómo se llama este río?

—A fe mía, señor, contestó el rústico, que este río no es necesario llamarlo, porque demasiado se viene él solo.



Quando le dieron la fatal noticia, Carlos se estremeció; en sus labios vagó un *imposible*, y por su cerebro rodó aquélla con el estruendo de un cañonazo, como el desquiciamiento de un mundo... Se quedó inmóvil en el centro de la calle, contemplando el caserón vetusto tan querido y a cuyas puertas le cogía el dolor... No se atrevía a entrar. Miró arriba: allá en lo más alto, rasgando las nieblas de la calle, ensombrecida por el crepúsculo, brillaba una luz, la única que trascendía de los viejos ventanales. Carlos reconoció la misma ventana que, un año antes, le viera partir. Ya, entonces, la niña andaba quejumbrosa; ya sus mejillas palidecían, y la gentil maraña de sus cabellos de oro se abatía desfallecida y lacia; pero Carlos nada temía; se figuraba que con su cariño la encadenaría a la vida; y ahora...

El viejo criado que le anunciara la triste nueva, se le acercó al verlo vacilante...

—Si el señorito desea algo, dígalo... Puede entrar si quiere—le indicó solícito señalando el portalón.

Aquellos sirvientes conocían la amorosa locura del joven, su veneración por la chiquilla.

Carlos no le respondió. Se había sentado en un banco de la acera [frontera y seguía mirando a lo alto, a la ventana por donde se escapaban aquellos rayos de luz que alumbraban su agonía. Trazaban en la sombra dos fajas brillantes veladas por las gasas de la neblina, en las cuales creía ver flotar el joven las imágenes queridas de sus recuerdos. Aquello era su despedida: sólo con rayos de luz podía el alma de la niña darle el adiós supremo. De aquella misma ventana, había partido, en un amanecer no lejano, aquel otro adiós callado, tembloroso, que turbara el silencio de la calle desierta con la armonía de su voz cristalina... ¡Su voz! Era la última vez que la había oído.

—Vamos, señorito—volvió a repetirle el viejo criado—véala... entre usted; todavía la cogerá con vida.

No quería. Sujeto por el dolor, permanecía allí: la cabeza entre las manos, los codos sobre las rodillas y los ojos extraviados mirando hacia arriba.

¡Cuánta esperanza destrozada! ¡Cuánto sueño roto! En aquel haz luminoso, giraban deshechas las deliriosas quimeras soñadas por su juvenil fantasía. Todas, a cual más seductora, volvían a su memoria mezcladas y confundidas con aquellas otras más cercanas de las que fuera también actor y testigo a la vez.

—Señorito, cálmese—repitió el criado al verle llorar desconsoladamente, secándose al mismo tiempo las propias lágrimas. Véala... parece un ángel...

No, no quería verla. ¿Para qué? Su aliento de rosa silbaría entre los labios secos llevándose su vida. En su boca, vagaría acaso la sonrisa con que pensó recibirlo, el sabor del beso dulcemente concedido. Sus blancas manecitas, crispaban los dedos sobre los encajes de las sábanas, agarrándose a la vida para no faltar a su promesa de esperarle, de serle fiel... ¿Para qué verla? En sus mejillas, enajenaría ya la sombra del eterno misterio; en sus ojos, la visión del paraíso. Ya no era suya; ya la caricia piadosa del cielo la robaba a sus caricias. ¿Qué esperaba?

De súbito se levantó. Una sombra cruzaba el portal. Carlos reconoció a la sirvienta amparadora de sus tempranos amores. Antes que llegara a él, la vió enjugarse el llanto, adivinó la suprema noticia...

—¡Muerta!

Otra vez alzó la vista. La estela luminosa seguía esparciendo las sombras, perdiéndose en el espacio. En aquel rayo de luz viajaba ya su alma. Le pareció verla flotando inmortal, volverse a él, llamarle, tenderle los brazos; pero alejándose siempre. ¿A dónde iría? ¿Quién sería su dueño?

Inclinó la cabeza. No supo llorar. Por su mente cruzó como la centella la imagen del bien perdido, y, de improviso, alargando el puño a la serenidad del cielo, increpando a un ser invisible, escondido tras la espléndida luminaria de las estrellas, sollozó, loco, con reproche amargo:

—¡Me la robaste! ¡Ladrón!

RICARDO DE AYMERICH

14 Marzo de 1922.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

Al hablarme de amor, al pedirle que le amase, era guiado tan sólo por una confabulación de sugerencias: la sugestión del baile, que removía y avivaba en su alma tantos recuerdos, la de la música amiga siempre de exaltar nostalgias, la de aquellas confidencias inquietantes que le hizo y la de la hora del amanecer, tan novelera. Porque el día estaba anunciándose ya, con una débil claridad violeta, al través de las abiertas ventanas. Y esto le hizo fijarse en que ya había salido mucha gente del salón. Pensó que pronto aquella mujer se marcharía, y volvió a olvidarse de cuanto no fuesen su belleza y sus hechizos.

—¿Por qué decía entonces que iba a oponerse a mi marcha?

La muchacha rompió a reír.

—Yo no le he dicho semejante cosa. Afirmé únicamente que usted no se iba.

Daniel la miró rabioso. ¿Por qué? ¿Por qué lo afirmaba con aquella seguridad y aquel imperio? ¿Por creerlo ya preso, y para siempre, en la red de los hechizos con que destrozó la vida de tantos otros? ¿Qué equivocada estaba al considerar, así triunfante, su nueva obra de seducción! El aún era dueño de sí, dueño absoluto. Y volvió a acercarsele. ¿Por qué tenía una seguridad tan grande en que no se iba? Se daba, naturalmente, cuenta de lo que por su corazón pasaba; sabía que él sólo estaba deseando verla, hablar con ella a todás horas, oír de sus labios las palabras, las promesas de amor que era una crueldad tardar tanto en decírselas. Y tanta vehemencia dió a sus frases, que ella le miró de un modo extraño. Algo de muy vivo y de muy hondo pareció huir de sus ojos hacia los de Daniel. Daniel, lamentablemente, no advirtió nada. Indignado por la negativa de Estela, disgustado de su conducta, cambió de tono. No se quedaría para mendigar un amor tal vez imposible. Sólo si ella lo deseaba, si se lo pedía. Sólo si se animaba a prometerle la dulce compensación de un amor como aquél con el cual secretamente soñaba, verdadero y grande, capaz de sacrificios y capaz también de locuras...

La muchacha respondió secamente:

—Mejor es que se vaya.

Y se levantó. Por el fondo aparecía Pumariega,

abrumado con una cantidad enorme de abrigos. Las hijas de aquel hombre se erguían allá lejos. Todo cambió en el semblante de Estela. Riendo se dirigió a las muchachas, tuvo una sonrisa para Pumariega, que le ofrecía, pendiente de sus manos el abrigo, y al arrebujarse entre las pieles y las sedas, sonrió también a Aguiar.

—¿Quedamos amigos?

Daniel se encogió rudamente de hombros, y ella le contempló un instante, como a un niño voluntarioso, encaprichado en alguna peligrosa locura.



Era día claro, y aunque la música tocaba, pretendiendo prolongar la ilusión de la noche y el encanto de la fiesta, la fiesta acababa, y la noche allá iba. Pero Estela no se preocupó del suceso, cual si aquella noche de fiesta fuese en su espíritu una noche exactamente igual a las mil vulgares noches de la vida. Se alejaba hablando alto, riéndose aún. Y de pronto, a pocos pasos, la vió Daniel quedarse seria, callada, como temerosa. Farfán de los Godos acababa de aparecer en el salón. Despierto tiempo antes de su borrachera, andaba buscándola desparovido. Y al divisarla, tuvo un suspiro triunfal, y corrió impetuosamente hacia ella.

—¡Oh, mi tirana, mi tirana divina! Marcho muy pronto en busca de la muerte, ¿y no se ablandará ese corazón? ¿No podré llevar una palabra de esos labios, que me acompañe y me ilumine?

Detenida a distancia, contraído el entrecejo, fruncidos los labios en un mohín de disgusto infinito, Estela no dijo aquella palabra ni ninguna otra. Silbó un tren a lo lejos, y aunque Farfán habló trágicamente de otro tren que pronto le llevaría hasta su destino, ni así la conmovió. No la conmovió siquiera al acercarse y apoderarse de sus manos y besárselas y mojárselas de lágrimas ardientes. Consiguio tan sólo que hablase; pero con gestos de cansancio infinito, como persona abrumada por un peso superior a sus fuerzas.

—Con ustedes, los españoles, no puede jugarse al amor.

Y dirigiendo a Daniel una mirada furtiva, añadió que por nada del mundo se expondría a otra cosa. No quería cadenas, ni aun cuando fuesen de flores.

Daniel salió del baile pálido de rabia y de despecho. ¡Oh, la coqueta, y cómo había conseguido que le regalase la vanidad con la súplica oída de cuantos hombres se le acercaron! ¡Con qué arte la provocó para darse tan sólo el gusto de desdenarla! Le indignaba la conciencia del candor con que había mordido el anzuelo, ofendiendo el recuerdo sagrado de la novia, sin la compensación de aquel dulce pasatiempo hasta entonces considerado tan fácil.

Se vengaría. No pudo meditar en la manera de realizarlo, no le dejó Farfán, que, haciéndole pasear por las calles apenas despiertas, comentaba amargamente su triste desventura. Tuvo que acompañarlo a tomar unas copas en un café, tuvo que oírle de nuevo la deplorable historia tan sabida. Se acostó ya con sol alto, y no llevaría una hora durmiendo, cuando vinieron a darle una sorpresa. Le llamaba Iturbe por teléfono, y era cosa urgente. Por mucha prisa que puso en vestirse, cuando llegó a la oficina, Iturbe se había marchado, cansa-

do de esperarle. Pumariaga, después de estos informes, opinó que tramaba algo.

—Algún negocio, sin duda. Le conozco bien, nunca estuvo tanto tiempo inactivo.

Lo decía con cierta zozobra. Admiraba a Iturbe desde antiguo, y se consideraba en la obligación penosa de imitarle, de secundarle. Sólo que, con menos audacia, con menos genio, lo imitaba a su modo. La Colectividad aseguraba que una temporada en la cual a Iturbe le dió por el juego, fue Pumariaga quien se arruinó jugando; el día en que Iturbe adquirió el primer automóvil de su vida, Pumariaga estuvo a punto de matarse por culpa de una motocicleta alquilada; Iturbe había hecho en la Pampa unas magníficas obras de riego, y de entonces databa la instalación de agua corriente en el domicilio de Pumariaga.

La preocupación de Pumariaga pareció reflejarse en el semblante de Daniel al oírle. Su tristeza alzó prontó allí un sentimiento hermano. Y al alejarse pensaba en Estela, y en cómo, desde el primer momento, se había burlado de sus ansias. Enterada del negocio del padre, y sin duda de que necesitaba un auxiliar, a eso aludía únicamente con sus frases equívocas respecto a la marcha. A asegurarle que se quedaría, no manifestaba deseo alguno de su corazón. Le daba sencillamente una noticia. Y en mitad de la calle, a solas con la evocación de su ridículo, enrojeció hasta sentir la cara ardiendo.

Comió mal, desasosegado y nervioso. Salió inmediatamente, y esforzándose en ahuyentar del pensamiento la imagen de Estela, meditó en aquel proyecto del padre que pudiera ser la salvación de su vida. Desde algún tiempo antes, extinguido el descontento de sí propio que le hizo tomar parte tan activa en la preparación del viaje al Tiocal, consideraba absurda y hasta vergonzosa semejante huida. Y volvió a detenerse. ¿Huir, por qué? ¿Por librarse del peligro de unos ojos muy bellos y muy inquietantes y muy desdenosos? ¿Qué voluntad era la suya, entonces? ¿Qué amor el que le arrancó un día de la aldea? Sin apenas darse cuenta de sus actos, tomó un tranvía, y el tranvía le dejó a media tarde en el barrio de Iturbe; no tenía paciencia para esperar todo un día a saber de que se trataba. Quería salir inmediatamente de dudas.

Al poco tiempo hallóse ante la casa de Estela, aquella espléndida construcción con torres, imitando muy decentemente la forma y hasta la piedra de los nobles palacios castellanos. Entreabierta la cancela de hierro del jardín, no tuvo necesidad de llamar. Y apenas había adelantado unos pasos por las sendas enarenadas de guijas limpias, cuando se

detuvo sorprendido y maravillado. Estela allí estaba. Allí estaba, sobre unos de los bancos, a la sombra de los árboles más frondosos, dormida, reclinada la cabeza sobre un montón de cojines y caído en el suelo el triste libro que no supo interesarla.

La luz, verdosa bajo los árboles, idealizaba el color de su piel y hacía visible el leve y finísimo vello, de fruta en sazón, que la cubría. Una sonrisa lánguida erraba por los labios entreabiertos. Los dientes, húmedos y blancos, no recordaban a las perlas por el color, y, sin embargo, parecían tener todo su brillo y hasta su oriente. Como si en vez de entrar en un jardín hubiese llegado hasta las habitaciones íntimas de la muchacha, Daniel pensó alejarse y no pudo. Una fuerza superior a todo le obligaba a permanecer allí. Vió próxima una silla de mimbres, y acercándola inconscientemente, acabó por sentarse a la cabecera del banco, como velando aquel sueño... ¡Qué hermosa estaba la bella criatura en aquel abandono divino! ¡Qué feliz sería, a la verdad, quien, pudiendo amarla, lograrse inspirarla amor! ¡Qué bellos, sin duda, los días que aquel amor durara! Y palideció terriblemente. Estela acababa de hacer un movimiento brusco, y Daniel tembló con miedo de que despertase y le sorprendiese de aquel modo. Tan herido en su orgullo, sólo deseaba manifestarse un desvío glacial. No despertó la muchacha. Incómoda, levantó los brazos para poner las manos debajo de la cabeza. Pero acaso fué peor. En la violencia de la posición, el pecho se apretaba contra la leve tela del vestido, modelándose enteramente y aumentando la conmoción casi dolorosa que Daniel sentía.

Pensó entonces en la delicia de aquellos brazos rodeando su cuello, de aquellos leves ricillos cosquilleándole el rostro, de aquel perfume respirado de más cerca y aquel cuerpo oprimido contra el suyo. ¿Por qué se negaba a amarle, después de haberle hecho concebir esperanzas tan halagadoras? ¿Por qué no se le ocurría siquiera continuar el dulce juego de amor en que tan fácilmente se empeñó con tantos otros? Y comprendió que ni eso le concediera. ¿Quién era él, a la verdad, para atreverse a hablarle de tales cosas? ¿Cómo se olvidaba de lo misero de su condición ante una mujer que bastante hacía con saludarlo, con no esquivar su charla, y hasta llegaba a prometerle ser una verdadera amiga suya?

Temblaba cual si el jardín, lejos de adormecerse al sol de un ardiente día de verano, estuviese lleno con ráfagas invernales. Temblaba, y de repente no pudo más. Una fuerza superior a todo le hizo inclinar la cabeza hacia los ricillos dorados,



las leves hebras flotantes que el sol, filtrándose por un claro de la fronda, hacía completamente de oro, y quedar así gozando la intensa delicia de aquel perfume. Entonces vió mejor la boca entreabierta, risueña, más brillantes los dientes magníficos entre los labios frescos y rojos como la carne de las cerezas apenas maduras...

Le pareció que la divina boca le invitaba, y con un resto de cordura apartó los labios. Pero perdida otra vez toda noción de prudencia los detuvo más allá rozando la piel de seda de las mejillas. Fué un vértigo. Al instante levantó la cabeza tembloroso, casi aterrado por lo que acababa de hacer... Estela había sentido algo. Por fortuna, su sonrisa no se apagó, se hizo incluso más amplia y acaso más dulce. Despertó a medias, y, aun entre las nieblas del sueño, le miró con ojos entornados, como agradecidos... Pero el encanto duró poco. Al reconocerle, se incorporó indignada, rabiosa.

—¡Oh, qué abuso! ¡Qué acción!

Daniel no encontró palabras de disculpa, y bajó al suelo la vista. Ella, en tanto, le miraba con ojos relampagueantes. Después, temblándole las manos, cruzadas a la altura del pecho, repitió ofendidísima:

—¡Qué acción! ¡Qué abuso!

Entonces no supo el muchacho qué pasó por él, Otra vez recordó los mil leves detalles con que fué alentándolo, y que eran apenas hilos de la red con que había prendido a tantos, y en la cual también

pretendía encerrarle. ¡Fomentaba esperanzas, las exasperaba y no las satisfacía nunca! ¡No aceptaba del amor más que las galanterías, las ternezas. Y se quedó lívido. Aceptaba algo más, deseaba algo más... Recordó también su expresión de agrado al sentir el beso que le diera, y en seguida el cambio de aquella expresión al reconocerle. ¡Estaba soñando con otro! Era de otro el beso que deseaba y tal vez esperaba. Entonces le clavó los ojos y algo vió allí ella que la hizo echarse hacia atrás, como en el recelo de una agresión:

—¡No me toque! ¡No complete su obra! ¡No me ponga en la vergüenza de llamar a los sirvientes!

Daniel le pidió perdón con frase irónica. Había sido un viento de locura que entró por el jardín y le arrastró como a una hoja seca. Por lo demás, ya sabía que de ella nada podía esperarse. ¿Le perdonaba? Pero cambió de acento al preguntárselo. Volvió a temblar todo, viéndola tan bella, viendo tan esplendorosos los ojos aquellos en la plenitud magnífica de su orgullo. Le habló de su amor con voz anhelante, con frases de sus cartas a la aldea, con estrofas de la canción constante de su pensamiento. Como ella aún callase, comenzó a justificar la locura que le llevó a ofenderla. Un amor como aquel que le llenaba el alma no podía detenerse ante ninguna clase de respetos, hacía completamente irresponsable a quien lo sentía, sobre todo, cuando sólo pudiera esperar, en pago, agresividad y desdenes. Y repitió sinceramente ya:

—¿Me perdona?

Estela, un instante indecisa, perdonó al fin, en silencio, levantándose y tendiéndole una mano que le despedía. Daniel la retuvo un instante, y el contacto fresco de la piel de seda no refrescó su fuego interior. Por el contrario, pareció hablarle otra vez de la delicia de aquella mano acariciándole, atrayéndole hacia el mar de los perfumes que del hermoso cuerpo se desprendían, y la sirte encantada de los bellos ojos de esmeralda. ¿Por qué no le amaba aquella mujer? ¿Por qué le repelía, después de haberle hecho entrever el paraíso? Y el vértigo se repitió. Rápido, le sujetó la otra mano, la atrajo toda hacia sí, le oprimió rudamente la boca con la boca, y buscando bien los labios, sofocó el grito que pudiesen lanzar. De entre ellos salió, al fin, una exclamación, pero ahogada y no de ira; una exclamación no sabía si de pena si de angustia.

—¡Oh!

Y difícilmente dió crédito a lo que la realidad le decía. Los labios, tan hostiles, parecieron aceptar el beso y de pronto repetirlo. Un fuego comenzó a caldearlos, a moldearlos con los suyos, casi a soldarlos con ellos.

Cuando se soltaron, Daniel sonrió con la misma sonrisa de triunfo que tenía ella la tarde de doma, al verle con tal afán por la rosa de su pecho. La muchacha suspiraba entretanto.

—Por eso no he querido amar nunca, por eso me defendía. En amor es uno únicamente quien da todo...

Y Daniel quedó asombrado, deslumbrado. Los ojos verdes, obstinadamente clavados en sus ojos como el día inolvidable de la estancia, se humedecieron de repente cual entonces, y pronto una lágrima tembló entre las prodigiosas pestañas curvas y rodó en silencio por las mejillas. Parecía, en la forma, un llanto igual a aquel de entonces; pero el sentimiento lo diferenciaba. No era ya el llanto de una mujer continuamente celebrada por belleza que quiere aumentar el brillo de sus ojos y darle un encanto nuevo. Era el llanto humilde de un corazón apenado y temeroso. De la otra vez, sólo los ojos lloraban, como llorarían los de una estatua quien se hubiese concedido este don. Ahora tuvo el pecho un suspiro largo y lento...

Con algo de pena volvió Daniel a besarla, y nuevamente le pidió perdón, pesaroso tal vez de haber llegado a tanto.

IX

A la hora de la cena, después de hablar con don Anselmo Iturbe, Daniel puso en conocimiento de sus amigos, los conquistadores del Tiocal, que le sentía mucho, pero no podía acompañarlos. Se disculpó con los negocios, los malditos negocios que estropeaban siempre tantos grandes planes de los hombres, y Farfán de los Godos comentó, descargando un golpe en la mesa:

—¡Ya una deserción!

Pero no pudo decir más. En aquel momento se abría la cancela de los cristales, y calló sorprendido viendo adelantar a un hombre de tanta importancia como Pumariega, quien, sin saludar a nadie, se encaró resueltamente con el desertor.

—¿Sabe ya algo? ¿Puede decirme qué negocios vamos a emprender?

Se trataba de fundar un pueblo, y Pumariega protestó asustado:

—¡Un pueblo! ¡No es posible!

Aguilar le afeó la sorpresa y el escepticismo. ¿Qué había de extraordinario en el proyecto de Iturbe? ¿Por qué se espantaba Pumariega? ¿Por qué habría de tal manera aquellos ojos? Ciertamente...

(Continuará)



AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TE TUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEVERDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

Grandes Almacenes de **SALVADOR DELTELL** (Casa del Valenciano)

CONSTRUCCIÓN DE TODA CLASE DE CORREAJES Y EQUIPOS DE CABALLO PARA EL EJÉRCITO
COMPRA Y VENTA DE TODA CLASE DE DESECHOS MILITARES EN CUALQUIER PUNTO DE ESPAÑA

Ribera de Curtidores, 18 MADRID Se pagan altos precios

ESTABLECIMIENTO DE **JORDANA**

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRETES.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

'CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32
TELÉFONO 22-901

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED
AGUA FARGAS**



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-uritarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

'RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

**RESERVADO PARA LA
PIANOLA "AEOLIAN"**

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO. 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS
Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

PEDRO ANDION

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos. Gutaperchas. :: :: :: :: :: :: :: :: Lanillas para banderas.

TELÉFONO 14-87 M

IMPERIAL, 8 Y 16 Y BOTONERAS, 8

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITAR PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS — LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 — TELÉFONO 797 — MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kelpats. Calle Mayor, 67, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

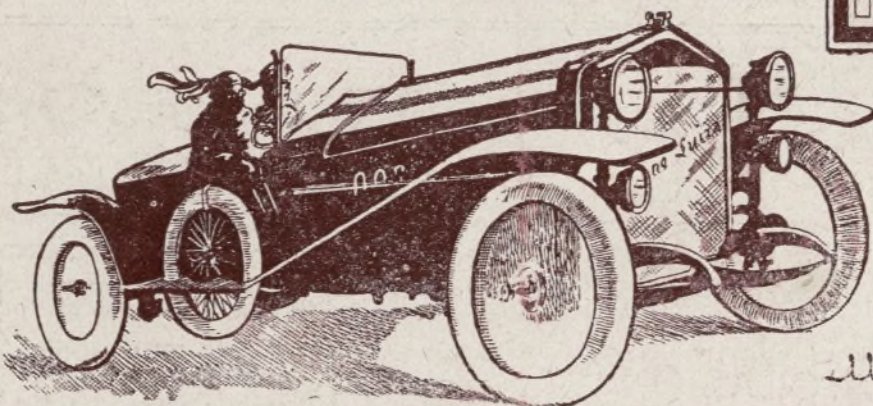
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon

Gráfica Universal, S. A., MADRID